

751

PEDRO SÁNCHEZ-OCAÑA

PECADO

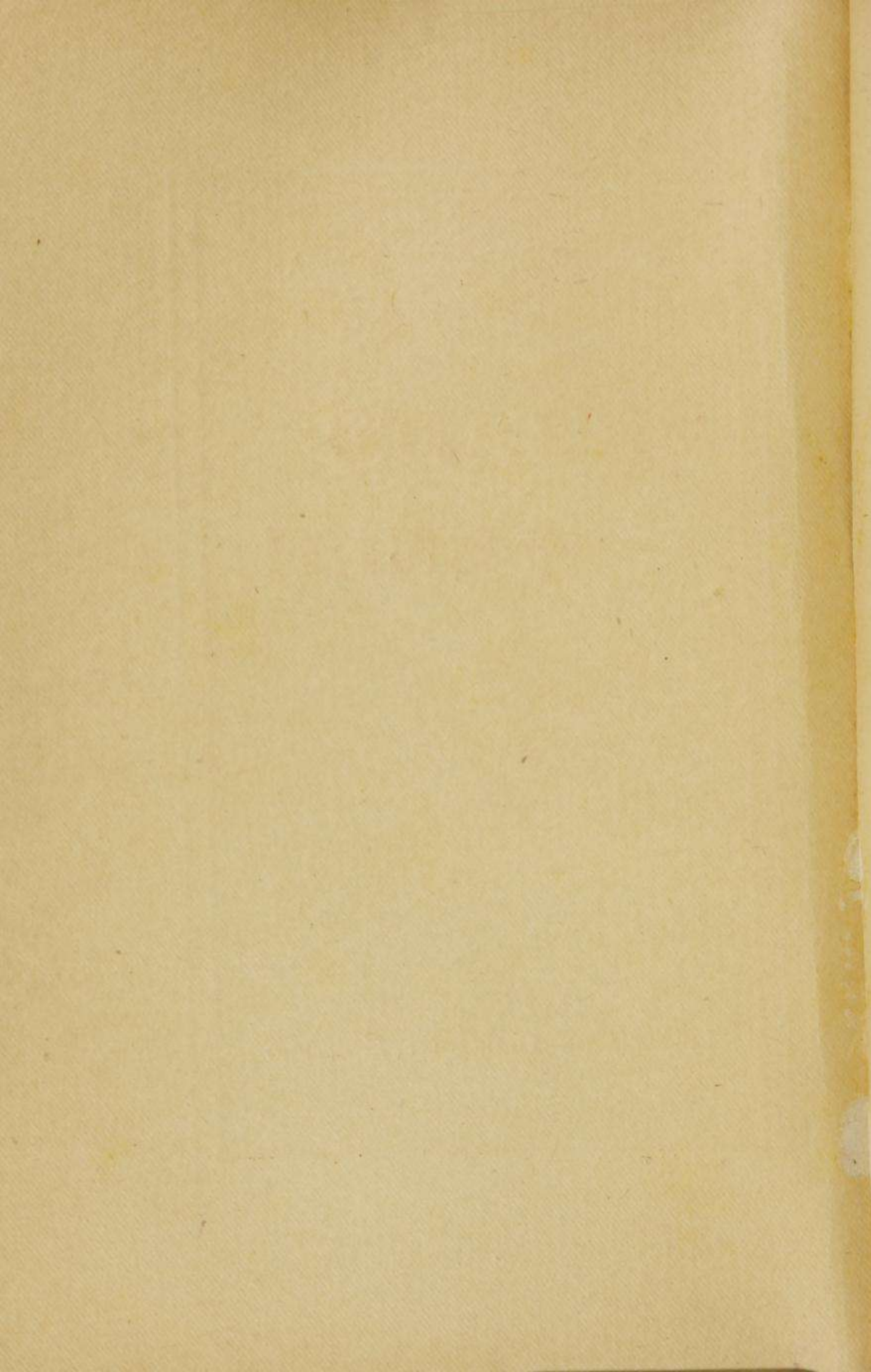
VENIAL



PLASENCIA

LIBRERÍA DE GENEROSO MONTERO

Plaza Reina Victoria, 24.



A Fomias Martin
gil el admirable extremeño
y gran escritor, con toda
cordialidad

El Autor

PECADO VENIAL

Tit. 58414

Cod. 1064579

2
2.946

PEDRO SÁNCHEZ-OCAÑA

PECADO VENIAL

NOVELA CORTA



PLASENCIA

LIBRERÍA DE GENEROSO MONTERO

Plaza Reina Victoria, 24.

Es propiedad.

PLASENCIA.—Imprenta de Generoso Montero,

DEDICATORIA

Á mis paisanos los Extremeños

EL AUTOR.



AL LECTOR

En gran falta estoy contigo lector benévolo, desde que allá por el año de 1903, ofrecí servirme más cuadros extremeños en el remoto caso de que aquel bosquejo que intitulé *El Robledal de Ruidiaz*, fuese de tu agrado.

Bien hubiera querido antes de esta fecha darte alguna otra obreja esperando que habías de recibirla con el mismo cariño que á la otra, pero hechos trascendentales de mi vida hanme privado de ello hasta hoy que gustoso te ofrezco la novelita **PECADO VENIAL**, empeñando de nuevo mi palabra honrada de seguir trabajando por dar á conocer esta patria chica á la cual me ligan nuevos lazos de afecto desde aquella fecha.

Y dicho esto y testimoniándote públicamente

AL LECTOR

mi gratitud por éxito nunca soñado de mi pobre *Robledal* me despido de tí entregándote la nueva novelita de la que impaciente espero tu sanción benévola.

Pedro Sánchez-Ocaña.



PECADO VENIAL

I

—¡Juan Ramón..... Juan Ramón.....!—Y allá de entre los troncos seculares de los alcornoques y las encinas, salió vibrante y clara la voz del zagal que contestaba:

—¡Allá vá!....

Apareció primero un mastinote lobato con mueca feroz y carlancas de aceradas puntas, y detrás con su cayada en la mano como cetro de rey de las ovejas, surgió un jovenzuelo alto, esbelto, con la tez curtida por el sol extremeño y andando con movimientos pausados, rítmicos y candenciosos.

Al verle y contemplar las exquisitas proporciones de su busto juntamente con el color co-

brizo de sus carnes, más que viviente criatura humana, parecía la estatua bronceínea del *Trabajo* ejecutada por genial artista.

A medida que el pastorcillo andaba, las ovejas dulces se movían sin espanto y paciendo se quedaban mientras su guardián tomaba senda arriba por una que moría en el atrio del palacio á la sazón cuajado de acacias y naranjos.

—¿Qué s'ocurre?— preguntó el zagal encarándose con un hombrecillo de pequeña estatura delgado, pulcro y que esperaba la llegada de Juan Ramón.

—Que mañana si Dios quiere, piensan ir nuestros señores á la majada y almorzar allí. El señor Marqués me encargó que fuera á decirse-lo á tu padre, pero al sentir el ganado te llamé y así me evito el viaje. Quieren comer un recental de los mejores, guisado por tu padre que es el rey del *frite*. Conque ya lo sabes; lo principal del almuerzo será el borreguillo. Dile á tu padre que se esmere todo lo que pueda.

—¿Ná más?—interrogó el zagal apenas el otro terminó de decir lo que apuntado queda.

—Nada más, Juan Ramón.

—Pos se cumplirá el encalgo. Buenas tardes.

Y nuevamente tomó senda abajo llegando al valle donde ovejas y corderos balaban con ese constante «Bé....bé....» que dá tintas de plácida tristeza al crepúsculo vespertino los días de primavera.

Era en el mes de Abril y aquella naturaleza exuberante mostraba todos sus encantos llenando de yerbas y de flores los campos extremeños, que pródigos las ofrecían á los aristócratas huéspedes que habitaban el grande palaciotte.

Siguiendo viejas costumbres extremeñas, apenas el sol lucía con primaverales fuerzas y los negruzcos nubarrones del invierno desaparecían del cielo, las familias pudientes dejaban las ciudades por el campo y en plácida vida pasaban larga temporada, hasta que el mismo sol con sus penetrantes rayos de verano, les ordenaba el regreso á sus hogares.

Los dueños de Monteazul eran Marqueses del mismo título desde fines del siglo XVIII por concesión pontificia á un caballero caritativo, cristiano y pundonoroso, cualidades perpetuadas en la noble raza hasta el día que empieza nuestra verídica narración y en que llevaba el título Don Gonzalo Alfonso del Rosal y Gómez de Ba-

rrantes casado con Doña María Antonia Cienfuegos y de Sande dama de extraordinarias virtudes y fino trato.

Fruto de esta unión fué María Luisa, angelical criatura de diez y siete años cuando la conocemos y otro varón que falleció á los pocos meses de su nacimiento.

No hay que decir que los Marqueses adoraban á su hija y que bondadosa y dulce les pagaba la niña con usura el inmenso cariño de sus padres.

Vivian ordenadamente en una ciudad extremeña, no lejana de Monteazul y como extremeños netos eran grandes aficionados á la vida de campo. Allí en la dehesa que les daba el título pasaban luengas temporadas entretenidísimos con sus labores, sus ganados y sus cacerías sin echar de menos el mundanal ruido.

Hemos llegado al palacio. Sus enormes puertas de encina ennegrecidas por el tiempo, se abren de par en par á nuestra llegada y una amplia escalera que arranca del portal nos brinda á que subamos.... Adelante.

II

Arrellanado en cómodo sillón de baqueta y ante un montón de cartas y periódicos, Don Gonzalo escribía con actividad febril mientras su hija cosía silenciosa junto á la vidriera que miraba al campo.

La luz tibia y cárdena del atardecer hería sus rostros y era de ver la semejanza de ambos, la igualdad de sus perfiles, la misma expresión de nobleza, sus sonrisas idénticas....hasta el mismo movimiento nervioso que de vez en cuando les hacía cerrar rápidamente el párpado izquierdo.

Era Don Gonzalo Alfonso un testigo viviente de la dominación árabe en nuestro suelo. Mas bien alto que bajo, de frente altiva y de color moreno, su faz adornada de negrísimas barbas muy cuidadas, sus dientes apretados y blancos como la leche, y su busto todo, parecían estar pidiendo á voces otro traje y otro sombrero distinto de los

que usualmente se ponía. La chilaba y el jaique no se hubieran despegado un ápice de su arrogante figura.

María Luisa era castaña; su pelo abundante y limpio caía sobre sus hombros como deliciosa cascada orlando una cara blanca y finísima en la cual brillaban con diamantinos destellos dos ojos negros, profundos y soñadores.

—¿Cuando acabas papá?—dijo la linda moza soltando la labor.

—Ahora mismo, hija mía. Voy á firmar esta carta—contestó el Marqués mientras lo hacía.

—Pues en seguida bajaremos á pasear. Voy á llamar á mamá,—y en graciosos saltos abandonó el gabinete aquel y salió al corredor gritando: —Mamá.... mamá.... que nos vamos de paseo!

En el portalón esperaba Paco el guarda la salida de los señores y así que pisaron el campo, colgose la escopeta y fiel como un perro, echó detrás canturreando entre dientes sonatas populares.

Doña María Antonia que se había unido al Marqués y á su hija para salir al campo, era lo que se llama una gran Señora. Alta, esbelta, rubia y distinguida aun en medio de aquel esce-

nario tan salvaje ni un momento dejaba de ser la gran dama de fino trato y conversación amena.

Con igual finura y complacencia dirigía su palabra al hosco zagalejo que guardaba el ganado, que al más encumbrado personaje.

Era guapa, de facciones finas y su semblante risueño siempre, parecía reflejo fiel de lo que la bondad debe ser sobre la tierra.

Vacilaron un momento nuestros nobles amigos antes de emprender el vespertino paseo hasta que el Marqués dijo:

—Vamos al colmenar. En esa dirección se fueron Pepe y Luis con el reclamo. Así veremos lo que han cazado que será poco por que ¡ja.... ja....ja...!...yo no se cual de los dos tira peor!...

—Pues por falta de afición no será—observó la Marquesa.

—Pero en el puesto sí matarán—dijo la gentil muchacha ¡Vaya una gracia, matar á traición las pobrecinas perdices!....

—Tienes razón, María Luisa, no se lo vuelvo á consentir. Una y no más. Que las maten volando si quieren—agregó el Marqués.

Andando y charlando dejaban el caserón atrás que señalaba sus elegantes líneas sobre el

cielo azul diáfano y bello de aquella tarde.

Frondosos árboles orlaban el palacio y multitud de pájaros revoleteaban presurosos sobre sus torres buscando sitio en los aleros donde pasar bien cómodos la noche y guarecidos de las traiciones de los bichos que entre sombras viven.

Al través del espeso encinar oyéronse los esquilones vibrantes del cabrial que á la majada volvía y por acuerdo unánime de los paseantes cambiaron de dirección y hacia el chozo fueron.

En el chivero los cabritillos llamaban con desesperados gritos á sus madres que á la cabeza del rebaño venían contestando cariñosas á la llamada de sus hijos.

Cuando los marqueses llegaban al altozano del peñascal donde el chozo se erguía, Felipe, un cabrerote rudo, cincuentón, muy limpio y socarrón con ribetes de gracioso, fregaba cubos y barreños para que estuvieran dispuestos á recibir de nuevo la blanquísima leche de las cabras. Felipe no iba con ellas. Quedábase en la majada encargado de hacer los quesos y de cuidar la olla que por la noche devoraban el zagalón y él.

— Buenas tardes, Felipe.

—Que mu güenas, señorís ¿se vieni dandu un paseu?

—A ver entrar las cabritas—dijo la señora.

—Pos ya las tenemos aquí. Velalli vienin la *Cereza* y la *Mariposa*. Con la golosina del pan son las primeras....—habló el cabrero.

—¡Probecinas! —exclamó Maria Luisa— ¡y hoy que no les traemos nada!...

—Aquí tendrán pan estos—dijo el Marqués—pídeles lo que quieras.

Sin necesidad de ello, Felipe encorvándose desapareció por la estrecha puertuca y al poco rato salió con medio pan en la mano.—No tanto; no tanto, un poco nada mas—dijo la linda moza.

Y cogiendo entre sus dedos nacarados el pan en pedacitos partido, dirigiose á las cabras llamando:—¡Cerecita.... Mariposita!...

Las cabras salvajes de la sierra, las saltadoras de riscos, las trepadoras de agrios canchalo-nes, sumisas á la voz, acercáronse á Maria Luisa y humildes, dóciles, graciosas, cogian los trocitos de pan lamiendo la mano de su hermosa protectora.

La tarde declinaba lentamente y el silencio de la noche empezaba á imperar en la campiña

cuando una detonación seca y fuerte retumbó en las grutas de la inmediata serranía.

—Por allí vendrán los cazadores—gritó la niña.

—Acércate á llamarlos—dijo el Marqués á su guarda—Diles que estamos aquí—y desapareció Paco á buen paso hacia donde el tiro habia sonado.

Momentos después, dos personajes nuevos pisaban nuestra escena. Era el uno un señor de mediana edad, alto, seco, de luengas barbas grises, ojos pequeños pero vivos, semblante risueño y modales finos. Era el otro un jovenzuelo también delgado, fino, agradable de cara en la cual el tierno bigotillo empezaba á mostrarse. Uno y otro vestían con esmerada pulcritud trajes finos de campo, ajustando á sus delgadas piernas polainas de baqueta.

Las jaulas de los reclamos y las magníficas *hamerles* que usaban, traíalas el honrado guarda que detrás venía.

El jovenzuelo mostraba entusiasmado un perdigón muerto.

—¡Vaya una gracia—exclamó la niña—le habrás matado parado!

—¡No lo creas—contestó Luis (que tal era su nombre) algo azorado—cuando le tiré.... corria!

—¡Ja ja ja.... creí que ibas á decir que volaba...

—¿Y tu no has hecho nada?—preguntó el Marqués á su primo Pepe, que era el caballero de las barbas grises.

—Nada. El pájaro ha estado muy holgazán.

—Pues os advierto—agregó la Marquesa—que Gonzalo prohíbe desde hoy la caza con reclamo. Quiere respetar la veda para que aumenten las perdices.

—En efecto—agregó el Marqués--si no os ofendeis, desde mañana el reclamo se suprime.

—Que vale tanto como dar el indulto á la caza porque volando, tio Pepe matará alguna, pero Luis....—agregó la niña riéndose.

—Pues no sería la primera—respondió un tanto amoscado el joven.

—Ya lo veremos—agregó Maria Luisa.

Cambióse de conversación y como la luz se iba y avanzaban rápidos los negros cortinajes de la noche, dejaron la majada nuestros amigos y de nuevo se fueron al caserón, formando animado grupo.

Cuando llegaron, Luis se fué á su cuarto.... Quería escribir.... Sigamos.

III

Monteazul 18 de Abril de 190....

«Aquí me tienes ¡oh equivocado Mentor! pasando regulares días en esta tierra extremeña donde en ocasiones la paz que se disfruta, trae á mi magín la idea de lo que la muerte debe ser.

Habitar lejos del mundo un muchacho que siempre vivió en él, no deja de ser raro, pero lo es más el que me encuentre entretenido aunque acordándome siempre de la Corte.

No vayas á imaginarte, perspicaz amigo, que en estos entretenimientos anda por medio aquella tu graciosa salutación de cuando te comuniqué el acuerdo de pasar con mi padre una temporada en Monteazul. No; lejos de eso en mis cartas irás viendo el fundamento del principio que en esta te pongo.

¿Te acuerdas de tu donosa ocurrencia? Yo sí, verás. Bien presente la tengo por que me hizo gracia. Sin duda te sentiste bruja de Macbect y exclamastes:

«¡Salve.... salve Luisín.... tu te casarás con tu prima!» Ja.... ja.... ja.... todavía me rio sin querer cuando lo recuerdo.

A decir verdad cuando me lo dijiste gustóme la ocurrencia y no la consideré imposible. Hoy.... las cosas varian por completo.

No conocía á mí prima y hasta ella llegué con temor y con curiosidad. María Luisa es guapa ¿á qué negarlo? pero tiene otras condiciones que, á fuer de sincero, no me llevan hacia ella.

Como hija única y rica, está mimadísima y aunque realmente es una niña, está mucho más aniñada de lo que debía. Amparada en esa inocencia exagerada suelta cada ingenuidad que á veces no encuentra uno salida.

De cultura no está mal. Sin haber salido de su pueblo más que para ir al campo ó á la costa de Portugal algunos veranos, habla el francés, toca el piano, sabe historia, geografía y ¿querrás creer que hasta tiene noticias y traduce el esperanto...? Su afición predilecta es la historia

y como historiadora parcial está enamorada de la de España, conceptuando á nuestra nación como la mejor del mundo, y dentro de ella á Extremadura como su ídolo y aun circunscribiendo más, á Monteazul como su ambicionado paraíso.

En este campo encuentra María Luisa sus ilusiones; porque has de saber, que no por copiar costumbres de grandes señores, sino porque le sale del alma, es cazadora.... una cazadora impenitente que acompaña á su padre incluso á las monterías. Se rie de los grandes bailes quizás por las ideas que mis tios le han hecho que se forme de ellos; ridiculiza las más grandes ceremonias palatinas.... es una bestezuela hermosa, pero, como todas, incapaz para vivir en sociedad....

Dejo ya de hablarte de mi prima, no sea que caiga en el pecado de atribuir importancia á una cuestión que no encierra ninguna y te contaré, ¡oh mí querido amigo y maestro! que mi estado de salud en los dias que aquí llevo, es excelente. Que las comidas extremeñas me sientan muy bien; que según me dicen, el color pálido de mí cara va desapareciendo y que cuando deje este hospitalario y montaráz refugio iré á esa, flaman-

te y como si nunca hubiera estado enfermo.

Traje como sabes mucho papel y algunos libros con intención de trabajar en mis ratos de aburrimiento, que supuse serían los más; ¡que si quieres; esta es la primera vez que cojo mi pluma pecadora para contarte mis impresiones de aquí.

Los primeros días, creí que me había vuelto sordo. Acostumbrado á ese bullicio constante y á ese ajetreo sin calma, la de aquí me pareció absoluta. Yo que como sabes tenía tasado el tiempo y distribuidas las horas del día entre círculos, ateneos, cafés, paseos, reuniones, comidas, bailes etc., encontréme al llegar aquí que todas las horas estaban libres excepto las de dormir y sentí como si una gran losa hubiera caído sobre mí cuerpo. Como tu bien sabes, soy regular hablador siempre y al principio encontrábame mudo, estático, asombrado de que hubiera gentes que pudieran pasar aquí toda la vida.... Conté sin querer los días que podríamos estar salvajes y me resigné, más que por amor á los tan cacareados encantos de la madre naturaleza, por egoísmo, por ver si recupero la salud perdida.

Salvo las personas de mi familia todas las demás son zafias, toscas, antipáticas.... y apenas

cruzo mí palabra con ellas... lo indispensable y nada más.

Algo ha venido á entretenerme la caza, pues aunque soy mediano tirador como sabes, tengo interés en perfeccionarme, porque has de saber que Maria Luisa celebra mis chambonadas con burlas y sonrisas que me hieren.

Aquí llegaba en mi carta, cuando cátrate que se abre la puerta, que solo entornada estaba y oigo el timbre alegre de su zumbona vocecilla que en acento extremeño muy agradable por cierto—me decia:

—Holá.... hola.... caballerito, escritura tenemos.... Recogí presuroso el papel y notado por ella exclamó:—Si no soy curiosa, primo. Ya me figuro á quien escribirás.... á tu novia....

Aseguréle que no y entonces ella me dijo:—Pues luego me enseñas el sobre.... Así me convencerás; y ahora deja la escritura y vamos á cenar que á eso venía, á llamarte.

Ya sabes pues, amigo querido, que la reinécilla de estos estados va á conocer tu ilustre nombre, aunque puede que ya le conociera pues lee á diario *La Epoca* y sabe de parentescos de reyes príncipes y nobleza más, mucho más que yo con vivir siempre en la Corte.

Decididamente hago punto aquí en esta mi primera carta, pues veo que voy cayendo de nuevo en el abismo insulso, de que te hablé más arriba y.... tendría gracia que un muchacho de mis condiciones y de mi mundología se viera envuelto entre las redes, de una mozona rústica apegada á su terruño y que ridiculiza la vida cortesana prefiriendo la salvaje de las fieras.

Mi padre se aburre mas que yo, pero lo lleva con resignación suficiente y hasta aparenta entusiasmo, solo porque vé los progresos que en mi salud hacen estos aires purísimos y estas sustanciosas comidas.... Adios.»



IV

La verdad es que Pedro, el padre de Juan Ramón, estuvo inspirado como nunca y el *frite* de aquel día pudo competir con los mejores de su género.

La verde plazoleta que servía de atrio al rústico albergue de los pastores, trocose por obra y gracia del administrador D. Rufo, aquel que en los comienzos de nuestra narración daba el encargo al zagal, en comedor agreste, pero completo para que nada indispensable se echase de menos.

Sobre el verde cespced que cubría la tierra tendiose un mantel de inmaculada blancura y sobre él platos y cubiertos en abundancia para comer con igual limpieza que en el viejo palaciotte lo hacían á diario.

Cuando hacia la parte sur, sintieronse las risas y las voces de los espedicionarios, Pedro le decía á Don Rufo con aires de triunfo.

—Me alegru muchísimo que alleguen, porqui estu está en su punto—y con las mangas de su zamarra de piel de oveja, limpiábase los gote- rones de ennegrecido sudor que por la cara ya rugosa, resbalaban.

Maria Luisa y Luis venían delante. Ella ra- diante de belleza y de alegría, él indiferente á lo hermoso de la mañana, á la alegría del campo, á la incomparable belleza de su prima.

—Ya llegamos.... ya llegamos—se oyó decir á la niña—Mira como sale humo entre las esco- bas del chozo, parece que se está quemando.

--Pobres gentes—murmuró compasivamente el galán—viven como los animales y hasta al- bergues de bichos parecen sus casas.

—Tienes razón, Luis, muchísimas veces pien- so en estos infelices, aunque casi puede asegu- rarse que no lo son. Viven desde pequeños así y llegan á acostumbrarse ¿Pues qué no me tie- nes á mi sin ir, mas lejos, metida entre estos campos sin acordarme para nada de Madrid, ni de sus encantos?

—Tienes razón. Pero yo viviendo aquí siem- pre, me moriría de pena.—

La carcajada que la guapa muchacha soltó

quedose vibrando largo rato entre la bóveda de gigantescos árboles que les rodeaba.

—¡Qué galante eres, primo. Se vé bien que eres cortesano. Vaya unos piropos á esta tierra... Por lo demás, créeme, lejos de morirte recobrarías la salud como te está pasando.

Un poco aturdido el muchacho quiso enmendar su yerro ponderando las excelencias del palacote y el exquisito trato que allí recibía, pero más jovial y más punzante cada vez la hermosa niña, fustigole con gracia llegando á decirle que los jóvenes de Madrid estaban anémicos, enfermizos y en cambio los extremeños rebosaban robustez y vida y sinó ¡mira, mira ese pastorcillo que desde la red viene á saludarnos.... Dime si cabe un modelo mejor de varonil hermosura...!

Con la cayada en la mano y los ojos bajos se adelantó Juan Ramón hacia donde los señores venían. Llegó á tres pasos de la pareja joven y quitándose el sombrero saludó ruda pero sinceramente.

—Hola, Juan Ramón, creí que estarías con el ganado—dijo la niña.

—Quiso mí padre que le ayudasi y por eso fué solu el otro.

—¿Cuántos años tienes?—preguntó Luis.

—Diez y siete metío en diez y ochu. La señorita y yo semos de la mesma edad.

—Es verdad—contestó alegre la muchacha— y ¡cuanto habremos jugado juntos!

—¿Según eso tus padres estaban ya en Monteazul cuando tu naciste?

—¡Anda diez! y muchismo antes. Yo le he oio decil á mi padri que tamién jugó con el señor Marqués.

—Y ¿tienes novia?

Ruborizose el zagal poniéndose como la grana de rojo y lo negó en seco, rotundamente. Terció entonces Maria Luisa y siguiendo la broma exclamó:—Novia no tendrá; pero vamos que mi doncella Carmencilla sé yo que esta loquita por ti....

Nuevo color á las mejillas del muchachote y un silencio respetuoso, pero sin apartar sus ojos castaños y centelleantes del rostro de los dos aristócratas.

Unieronse ya todos los expedicionarios y Juan Ramón revuelto entre ellos, llegando así á la portada del chozo.

La comida fué alegre, succulenta, entretenida.

Entre todas las demás viandas llevóse la palma el *frite* ó *cochifrito* y era de ver la cara de satisfacción que Pedro y su hijo ponían á los merecidos elogios que se les tributaron.

Después que los señores acabaron, comieron los criados. D. Rufo el administrador lo suficientemente separado para no confundirse con los demás ya que se consideraba mucho más alto en todo.

Conociéndole á fondo, bien se hubiera visto la puñalada enorme que recibió el bueno del hombre, cuando al acabar de comer los de la segunda mesa y Juan Ramón se levantaba del suelo limpiándose con la manga de la zamarra sus hirsutos labios, todavía húmedos por el tinto vinillo que habian libado, María Luisa llamó al zagal y sonriente presentóle humeante y riquísimo café servido en la misma taza que ella lo había tomado....

Azorado y temblón llegose á la gentil chiquilla el muchacho y entre sus manos morenas más que sucias, cogió la blanquísima taza y aun á trueque de quemarse bebió con fruición un sorbo.

— ¡Hola! parece que te gusta ¿verdad?— le preguntó el joven cortesano.

—¡Muchu! señorito—contestó Juan Ramón—
La señorita lo sabe bien y por esu me osequia.
¡Dios se lo pagui!

Picotearon de nuevo sobre otros temas y ya avanzaba la tarde, cuando Luis pidió permiso al Marqués para ir de aguardo á conejos, pues tenía vehementes deseos de matar alguno para irse acreditando como cazador, entre aquellas gentes que tanto se burlaban de su poca destreza.

Accedió sin gran esfuerzo el dueño de la finca á la solicitud presentada, y hasta le indicó el sitio mas seguro para matar algún conejo; el colmenar de Carrillo.

Como á pesar del tiempo que Luis llevaba por aquellos campos la falta de costumbre le hacía no fijarse en los sitios y le hubiera sido fácil perderse, encarose con Juan Ramón mientras se colgaba la escopeta y le dijo:

--Si no tienes mucho que hacer vente conmigo; no quiero andar perdido por estos campos.

—Vamos allá—dijo el rapazuelo al mismo tiempo que se disponía á echar á andar.

Y cuando señor y siervo se despedían del grupo alegre que en la majada quedaba, oyose

la vocecilla dulce de la guapa moza que decía:

—Juan Ramón.... llevate la borrica.... que no vas á poder con la caza....

—Ya está la señorita con sus burlas—dijo el cortesano dirigiéndose al pastor—¡Es de lo más zumbón que yo he visto!

No entendió Juan Ramón el dicho, ó lo interpretó torcidamente, porque dejando á un lado miramientos y consideraciones le increpó de igual á igual y con extraña viveza.

—La señorita Maria Luisa es lo más bueno que come pan. Es dulcí, cariñosa.... ¿y guapa? ¡Rediez si es guapa!... Cuando éramos chiquinos me enseñaba á rezar.... y no piensu en la Virgen una vez que no me la figure con la su cara!... Lástima que una mujel como ella sea para un.... señorico como V. enfermo y maletillo.... que nos la robará de aquí pa siempre!

A pesar de que Luis llevaba sobre los hombros su magnífica escopeta, sintió miedo de aquel hombre y procuró tranquilizarle amistosamente.

—No te pongas así Juan Ramón; ni yo he ofendido á la señorita, ni mucho menos he venido á por ella. Estoy aqui reponiendo mi sa-

lud perdida y en cuanto la recobre me iré yo solo ¿entiendes? yo solo y ahí te quedaré para siempre esa Virgen, como tu dices.

—Pos cuando el río suena agua lleva, señoritu y por ahí no hacen más que decil que ustes son novios.... que se casan....

—Ja.... ja.... ja. Ni yo le convengo á ella, ni ella á mi. Tranquilízate hombre.... ¡Ni que estuvieses enamorado de ella!...

Nunca se lo hubiera dicho. Paróse en firme Juan Ramón; midió con una despreciativa mirada al señorito y con varonil gracejo exclamó:

—¿Y si lo estuviera, qué? Que ella está mu alta y yo mu bájó, que ella es marquesa y yo pastor ¡eso ya me lo sé yo! Por eso no sueñu con que sea mía; pero la quiero como á la Virgen y ese cariño que hasta hoy no ha salido de aquí es capás de las mayores cosas. Por ella sacrificaría mi vida, ¡bien sé que es mu poco, pero no tengo más que sacrificar!...

—Piensas muy bien, Juan Ramón, y al saber lo que te ocurre lamento tu desgracia—dijo el cortesano queriendo ganar las simpatías perdidas.

—¿Qué desgracia?—le interrogó el pastor.

—¡Toma, si te parece chica!... Tener delante siempre á la mujer que adoras y estar destinado á verla en brazos de otro....

—¡Si le digo á V. que no la quiero pa mi! ¡Si esu no matrevio á pensalo.... lo único que yo quieru es vela feliz con un hombri que haga güena pareja con ella, no con V. que (no se enfadi) pero no vale la mitad que la señorita.

—Pues nada, nada, por ese lado tranquilizate, porque no me la llevo.

Poco más hablaron sobre tan interesante asunto y después el madrileño preguntó á Juan Ramón:

—¿Que tal cazador eres tu?

—Regular, señoritu—contestó el pastor volviendo á recobrar su tono humilde que le caracterizaba siempre.

—Pues mira vas á hacerme un favor. Tu coges la escopeta y disparas. Así podremos llevar algún conejo y no se reirán de mi.

—Como usted quiera.

—Pero á condición de guardar bien el secreto porque sinó sería peor.

—Por mí, como si cae en un pozu, señoritu, pero tengo que exigirle á V. otra cosa. Que no

se acuerde nunca de lo que hemos hablau esta tarde.

— Choca— dijo Luis tendiendo su enguantada mano al rudo pastorcillo— palabra de honor que nos guardaremos el secreto.

Habían llegado al colmenar y en lo alto de un peñascal se detuvieron. Delante, una plazoleta de esmeraldas indicaba el sitio preferido por los conejos para sus juegos y comidas. Ambos jóvenes guardaron silencio y se sentaron.

No se hizo esperar mucho el primer bichejo. Un conejillo nuevo é inexperto fué el primero que pisó la plazoleta. Hízole señas Don Luis á Juan Ramón pero éste le indicó que esperase. En efecto; diez minutos más tarde, tres ó cuatro conejos más entraron en el verde. Aguardó Juan Ramón con la tranquilidad de un veterano y en el momento en que se cruzaron dos animalitos, disparó.

El tiro fué soberbio, magistral. Los dos conejos quedaron en el campo y recogidos que fueron emprendieron nuestros amigos el regreso al palacio cuando la luz se iba y las sombras venían.

— ¡Maria Luisa!... ¡Maria Luisa!... Mira... mi-

ra para que te rías de mí... ¡Carambola!... ¡Carambola!... ¡Dos conejos de un solo disparo!...

—Los habrá matado Juan Ramón—gritó la voz zumboncilla de la joven.

—No; no señorita—respondió el pastor—Los mató el señorito Luis—y miró al suelo para no reirse.



La invitación que recibió el Marqués al siguiente día, decía así copiada al pie de la letra:

«Querido Gonzalo: Ha venido Arturo el de la Cazalla y me dice que se encierran en aquellas manchas dos buenas partidas de cochinas y algún macho suelto. Como aunque estamos en veda este año hemos cazado muy poco, he resuelto ir allá el próximo Domingo á dormir, para montar los siguientes días; espero que como siempre tendré el gusto de que me acompañes y si esos señores parientes tuyos están ahí y quieren, pueden también acompañarte, lo que me honrará mucho. Tuyo afectísimo amigo—MANOLO».

Conociendo la sangre cazadora del Marqués no hay para que decir el júbilo con que recibió la carta anterior y de la cual dió cuenta á sus huéspedes al acabar de comer.

—Yo—decía el Marqués—voy á una montería con mucho más gusto que á otra fiesta cualquiera por buena que sea; pero esta vez para ir necesito además que me acompañeis vosotros.

—Hombre—dijo Don José—que vaya Luis si, porque no tiene la menor idea de lo que es eso: pero á mi me vas á dispensar porque estoy muy á gusto con esta vida tranquila y tengo recuerdos poco agradables de la única vez que cacé reses.

—¡Ah! si, ya me acuerdo. Pero son cacerías distintas. En primer lugar entonces era invierno y pasamos mucho frio, que ahora no pasaremos y además entonces hacíamos noche en un pajar y ahora vamos á la casa de campo de Manolo Sandoval, que está llena de comodidades.

—¡Ya lo creo! interrumpió la Marquesa—Estareis lo mismo que aquí por lo menos.

—Además—siguió Don Gonzalo—es un cazadero precioso y la recoba de Manolo notable. Ven tu también que te aseguro no ha de pesarte.

Algún reparo más puso Don José, pero fueron rebatidos todos hasta el extremo de que quedó resuelto que el próximo Domingo irían los tres á caballo á dormir á la Cazalla, distante poco mas de tres leguas de Monteazul.

Entonces sí que empezó Maria Luisa una serie de bromas finas con su primo.

—Ahora—le decía—si que se te presenta ocasión de lucirte. Seguramente matarás un par de reses de un solo disparo, como los conejos de ayer. Pero ¡ay! si llegas á tirar y no matas ¡pobre de tí! Soy capaz de escribir á *La Epoca*, para que sepan en Madrid lo que tu vales....

Luis tenía una mezcla de curiosidad y miedo cada vez que pensaba en la montería. Había escuchado en Madrid infinidad de veces peripecias ocurridas con jabalíes y cuando se acordaba de algunas, sentía un hormigueo en su cuerpo al pensar que pudiera ocurrirle algo semejante.

Convenientemente instruido por el Marqués, cargó cartuchos con bala y en todos aquellos preparativos y muchos consejos del experto don Gonzalo, llegó el Domingo.

A caballo los tres en el atrio del palacio se despidieron de las señoras oyendo Luis las últimas bromas de Maria Luisa que le decía:

—No se te olvide guardarme una oreja del jabalí que mates, porque me gustan mucho!..

Poco tardaron en recorrer los jinetes aquellos

diez y ocho kilómetros de áspero camino que se desliza entre malezas y árboles por uno de los campos más bellos de nuestra España.

El Marqués iba encantado á la expedición aquella y su amena charla mezclaba anécdotas curiosas con historias de caza, intercalando noticias topográficas de los sitios por donde pasaban y los que en el horizonte visible se distinguían.

Don José más curioso ó más galante, excitaba á don Gonzalo preguntando por cuanto sus ojos de admirador cortesano percibían.

—Aquella portilla? Es la de Mالدueña. Por ella corre un brabucón arroyo que en los inviernos se trueca en mugidor torrente. Aquel abultamiento que se ve á la bajada de la primera sierra, es la iglesia de Serrejón; un puebluco que tiene su principal vida con la industria corchera.

—Y eso blanco que entre los árboles se divisa?

—Es arena.

—Serán quizás las márgenes del Tajo?

—No; es el Tiétar un rio encantador que nace en la fértil Vera de Plasencia y viene fecundando todos estos campos. A veces marcha

encajonado por sierras como le pasa entre el Guijo y la Jornia y otras se tiende silencioso por lechos de arena. Va á unirse al Tajo en el puente del Cardenal, muy cerca de donde vamos nosotros y ya verás, ya verás que sitio tan precioso.—

Así fueron todo el camino hasta que al través del alcornocal se distinguió la casa de la Cazalla.

En la limpia y alegre portalada, se notaba ya el movimiento precursor de las cacerías. Tres ó cuatro grupos de hombres, intercalados señores y artesanos y en los semblantes de todos alegría, satisfacción.

Cuando los caballos de nuestros amigos pisaron el atrio, la gente aquella se dirigió hacia ellos destacándose entre todos un hombre de complexión recia y mirada intensa, color cetrino y luengas barbas, de regular estatura, sonriente, vistiendo con elegancia montaraz, altas polainas y zahones anchos, cubriendo su cabeza sombrero grande de fieltro gris obscuro. Era don Manuel de Sandoval amigo íntimo y contemporáneo del Marqués de Monteazul.

Después de las presentaciones de rúbrica, subieron por una amplia escalera y el dueño de la

casa, mostrola toda á sus nuevos huéspedes para ponerla á su disposición.

Don José no pudo menos de pensar que teniendo por centro de operaciones un sitio como aquel, se podía dedicar á la caza de reses.

Luis al contemplar aquellos treinta hombres que se habian reunido, estaba como asombrado y allá en su imaginación, se sucedian episodios sangrientos de caza animados por ver las proporciones que la cacería iba á tener.

La noche fué alegre y cuando el alba se sonreía por las crestas del Oriente, Manolo Sandoval fué el encargado de ir por las habitaciones tocando diana.

Va á empezar la cacería. Dejemos nuestra pobre pluma en manos de Luis y.... seguid leyendo!.



VI

Monteazul 27 de Abril de 19....

Mentor amigo: Maltrecho y cariacontecido como el Hidalgo Manchego después de su famosa aventura con los imaginarios gigantes, he regresado á este palacio en que fecho mi carta, después de una salida no menos bufa que las del divino loco.

Ya sabias que don Manuel de Saldoval y Valmaseda, un noble extremeño que más que gran señor parece capitán de bandoleros, invitó á los de esta casa para asistir á una cacería de reses. Que tuvimos la debilidad de aceptar, y que allá nos fuimos con grandes ilusiones porque las noticias dadas por los prácticos eran excelentes.

Figúrate el almibarado socio del Ateneo, ciñendo polainas y zahones, con chambergo ancho y cuchillo al cinto y á ver si no te sonries

y viene á tu discreta memoria el recuerdo de aquel andante caballero y de la graciosa manera que tuvo de armarse tal.

Pero ¡ay! Alonso Quijano iba poseido de su traje y yo contemplaba con horror el mio. Lejos de parecerme castillos las ventas, se me antojó que el atildado Luis de Barrantes habiase trocado por obra y gracia de algún enano encantador en despreciable vaquero....

Paso á la montería. Figúrate una partida de gente armada y una jauría de más de treinta perros atados de dos en dos marchando á las primeras luces del día, sierra arriba entre jaras, brezos y madroñeras. El momento es hermoso pero la madrugada resulta desagradabilísima. Al llegar á una plazoleta formada por el monte hicimos alto.

Dividiose la gente en dos armadas y los monteros quedáronse con los perros para entrar á batir la mancha.

Al llegar la armada en que yo iba y que era capitaneada por un hombretón rudo, larguirucho y muy serio, á un peñascal, volviose el capitán y con imperioso tono me dijo:

—A este jovencito le pondremos aquí arriba.

Así no le dará miedo si viene un bicho.

Que las palabras me mortificaron mucho no tengo para qué decírtelo, aunque en realidad no estaba demás la frase. Se fueron todos y me quedé solo.

El paisaje era hermoso, espléndido de vejetación y salvaje como pocos. Allá sobre el azul purísimo que corona esta tierra, los buitres majestuosos se balanceaban y en los montaraces llanos de mi izquierda se oía alegre el tintineo de las cabras serranas que pacían y triscaban.

Cuando absorto contemplaba lo grande del cuadro, no se como, quizás por un capricho de mi fantasía, surgió en ella el recuerdo de Maria Luisa....

¡Ah! ya te veo sonreír, malicioso Mentor, al llegar á este punto pero ¡cuan equivocado estás! Cuanto más he tratado á mi prima menos la comprendo. Unas veces parece dulce y sincera, pero las más de ellas resulta una zumboncilla pedantesca y antipática.... Ya verás.

Surgió como te digo su recuerdo y temí que me tuviera que ver en algún lance de la montería, que me hiciera quedar en ridículo: porque ¡Dios eterno! ¿quién la aguantaba después?

De todo lo que á solas discurría vino á sacarme la vibrante voz de una trompa de caza; señal convenida de que los monteros empezaban á batir.

El efecto que me hizo la trompa fué muy raro. Mis nervios se crisparon y lejos de permanecer tranquilamente sentado como estaba, me puse de pie y por lo que ocurrir pudiera amartillé la escopeta.

Poco después oí ladrar á un perro; y luego á otro y á otro y por fin se armó tal zambra dentro de la mancha que mi corazón queria salirse del pecho. Empezaron á sonar tiros y al primero oí claramente por encima de mi cabeza el lúgubre silbido de una bala, que Dios sabe á donde iría á parar, pero que el susto que me dió fué de los grandes.

Desde mi puesto solo veía, aunque confusamente, al compañero de la derecha que resultó ser Manolito Sandoval, el hijo del dueño de la finca, muchacho fuerte y guapo aunque muy moreno, de ojos vivos y simpático trato.

Aprovecharé la ocasión para pintártele algo más detalladamente.

Tendría veintidos años y hacía dos que ha-

bía terminado la carrera de leyes en la histórica Salamanca, aunque nunca pensó en ejercer su profesión nobilísima. Era de regular estatura, pelo abundante, rizado y negro, nariz aguileña y labios delgados que al abrirse dejaban ver la nítida blancura de sus dientes.

Su trato como antes te digo era agradabilísimo, porque además de poseer en su caletre toda la intrincada ciencia de la carrera, sabía también como su padre la de dirigir estas haciendas y además tenía dos pasiones que le absorbían por completo: la caza y la lectura.

Te aseguro que desde el primer momento me resultó un muchacho interesante y digno de vivir en esa, aun cuando por nada del mundo hubiera él trocado su suerte.

Este era mí compañero de la derecha y cuando iba más que mediada la batida y solo se oía algún perro allá en la lejanía, el ruido seco de un disparo próximo me hizo pegar un salto. Manolito había disparado. En seguida me llamó:

—¡Luis! ¡Luis! venga V.! Verá V. que ejemplar. ¡Ya no hay cuidado aunque abandone su puesto porque la mancha se acaba!—

Y sin decir una palabra eché á correr.

¡Válame Dios, amigo mio, y que cuadro contemplaron mis asombrados ojos! Un oso, un monstruo, un bicharraco tremendo de pelos crespos y colmillos enormes se revolcaba entre los brezos manchándose con su propia sangre.

—El cochino más grande que he matado—me decía muy contento Sandoval.—El bribón se conoce que se la jugó á los perros y venía solito muy despacio, pero receloso; al atravesar aquel barranco le ví muy bien y tuve una alegría inmensa al distinguir su tamaño y la dirección que traía.

—¿Y donde le disparó?— pregunté con interés á aquel muchacho que en tal momento me pareció digno de codearse con Rodrigo de Vívar.

—Al pasar el arroyo.... allí...—me dijo señalando el sitio con la escopeta—Apenas ha corrido quince pasos. Cayó rodando como una pelota y arrastrándose luego llegó hasta donde está.

—Buena puntería habeis tenido. Sois un gran tirador.

—¡Oh! no; de ninguna manera. Un poco de práctica y nada más. Era un tiro muy fácil...

Cerca, despacio y un animal tan grande.... eso no tiene ciencia!

La modestia de aquel muchacho, en tal momento fué un título más que sumé á las muchas simpatías que me había inspirado.

—V. habría hecho lo mismo —agregó.—

—¿Yo?—repliqué asombrado—¡De ninguna manera! Si nunca me vi en semejantes andanzas. Lo que me alegro infinito es que no haya ido por mi puesto... ¡Menudo susto me hubiera dado!

El jabalí había exhalado su aliento postrero no sin haber rebanado la tierra con sus poderosas navajas y nosotros habíamos fumado ya dos cigarrillos, cuando la bocina sonó y dimos la mancha por terminada.

Otras dos víctimas había. Una jabalina muerta por uno de los guardas y un cochinejo que los perros habían agarrado.

Mi padre disparó dos tiros sin éxito sobre un jabalí y esto le tenía disgustado, aunque D. Manuel Sandoval y mí tío trataban de animarle.

Almorzamos reunidos y en seguida rodeamos la segunda mancha ¡ay! teatro de mis hazañas.

Tocome en suerte otra vez estar en el puesto inmediato de Manolo y como los monteros te-

nían que dar una vuelta muy grande para empezar el ojeo, vino á mi puesto el de Sandoval y charlando estuvimos hasta que se oyó la bocina.

¿Que de qué hablamos? De todo, por que cada vez me convencía más de que lejos de ser un ente vulgar mí nuevo amigo, estaba muchos codos por encima de la mayor parte de los que ahí pasamos por personas ilustradas.

En literatura sobre todo está empapadísimo. Desde los clásicos griegos y latinos hasta las eminencias contemporáneas, apenas hay alguno que no le sea familiar. Como á esto une una memoria prodigiosa, salpica la conversación con observaciones, anécdotas y citas que le hacen encantador realmente.

¡Con qué maestría y solidez defendía la vida campestre y que citas tan oportunas para demostrar que es la vida que más se acerca á la perfección. Con su voz varonil y clásica (permíteme el calificativo) recitaba trozos de Fray Luis, estrofas de Galán á quien (¡confieso mi pecado!) yo apenas conocía; prosa de Pereda y ¡qué se yo! porque aquella deliciosa música hubiérame deleitado más que la cacería, y juntos hubiéramos permanecido á no ser él lo cazador que era.

Por incidencia hablamos de Monteazul. Ensalzó á la posesión y á sus dueños, con los cuales le ligaba una antigua amistad no interrumpida y de sopetón, á quemarropa, me soltó el consabido escopetazo quedándome perplejo.

—¿Y á V. le gusta esta tierra?—me preguntó.

—Mucho—le contesté—Cuando vine de Madrid creí que venía á consumirme de tedio, pero no ha sido así. Aunque á decir verdad, algunas veces me acuerdo de la Corte, la mayor parte del tiempo estoy satisfechísimo.

—Lo creo—me dijo sonriente— Monteazul tiene infinitos encantos, pero aunque le faltaran, hay uno solo que sería suficiente á retenerle á V. entre nosotros.

—¿Cual?—le pregunté sorprendido.

—Maria Luisa—me dijo con gran naturalidad.—Su prima de V. que según dicen por aquí será dentro de poco algo más que parienta!...

Ya podrás suponer lo que contesté aunque algo azorado me puse con aquella salida ¡Maria Luisa! ¡Siempre Maria Luisa! Empiezo á dudar, Mentor amigo. *La vox pópuli*. ¿Se equivocará por esta vez, ó será la voz de Dios?

Cuando más interesante y amena era nuestra

cháchara, de allá, de detrás de unos altos que teníamos al frente, surgió temblorosa la voz de la bocina y Sandoval como movido por un resorte se levantó.

—Adios señor Barrantes— me dijo— Ya reanudaremos nuestra conversación.

Y de nuevo quedeme solo y de nuevo la imagen de mi prima pasó por mi cabeza ¡Mira que tiene gracia lo que ocurre en esta bendita tierra! Se conoce que un muchacho no puede aproximarse á una chica sin que sea para casarse con ella. ¡Realmente la muchacha no es mal partido...! qué ha de ser! pero aun dado caso que á mi me agradara, ¿me aceptaría ella?

Por estas andanzas iba mi descarriada fantasía cuando cátrate que de nuevo la furia de los perros me saca de mi éstaxis y.... pero esta carta, Mentor amigo, va teniendo extraordinarias proporciones y vas á permitirme que deje para mañana la narración de mi estupenda aventura. Mientras tanto quédate con Dios y que El me inspire lo que debo hacer por estas tierras. Ya tu me entiendes.... Vale.»

VII

Monteazul 28 de Abril de 19...

«Pluma en ristre otra vez, amigo mío, y con propósito firme de contarte todo lo que interesante pueda, empezaré mi carta en el punto mismo en que la anterior interrumpí.

Solo en mi puesto ya y divisando perfectamente á mis compañeros de derecha é izquierda, que eran Manolito Sandoval y un rentero de su finca, oí claramente que los perros se acercaban latiendo muy de prisa en dirección hacia donde nos hallábamos los tres.

Hízome señas Sandoval de que me escondiera y así lo hice, temeroso de que algún peligro nos amenazaba cuando había que ocultarse y figúrate mi susto, mi horroroso susto cuando sentí delante el galopar de un bicho y por entre el mar de madroñeras y brezos asomó un colosal

venado con una cornamenta que á mí se me antojó inmensa.

Mi corazón como un loco quería salirseme del pecho y el hermoso animal corría.... corría derecho á donde yo me hallaba. Y llegó á seis pasos y yo.... ¡no me acordé siquiera que tenía escopeta, hasta que oí los tiros de mis compañeros!... ¡Que plancha tan horrible, Mentor carísimo! Sin poderse contener mis compañeros, llenáronme de improperios que yo aguanté resignado.

Todavía quiso Diana que no acabaran allí mis desventuras y en el mismo puesto me encontraba, cuando otra ladra furiosa venía en dirección análoga á la anterior, pero un poco más hacia el puesto del rentero, y con toda mi alma rogué al cielo que no viniera el bicho por el puesto mio.

En efecto; tiró el rentero y en seguida tuerce derecho á mí un gran cochino seguido de los perros y cuando ya distaba muy poco de donde yo me hallaba, se para la fiera, que venía herida, cargan los perros y en medio del horrible estrépito que atronaba el monte, oigo la voz estentórea de mis compañeros que me dicen:

—¡Corra V. á rematar ese cochino que va á destrozar la recova!...

El amor propio se sublevó, cerré los ojos y allá me fuí rompiendo monte y con ardor verdaderamente belicoso. Llegué muy cerca de aquella salvaje lucha y ví la cabeza del cerdoso con sus blancos colmillos y echando sanguinolentos espumarajos por la boca.

Apunto con mi escopeta, disparo y en aquel instante arremete el monstruo contra mí; quiero retroceder, me caigo y entre perros y jabalí estuve un corto tiempo que á mí se me antojó un siglo. Traté de levantarme y de nuevo me caí hasta que en medio de aquella brutal escena, apareció Sandoval y cuchillo en mano arremetió con el jabalí que cayó para siempre arrojando á borbotones sangre por la boca.

En seguida Sandoval acudió en mi auxilio.

—¿Está V. herido—me preguntó.—

—Creo que no—le contesté—Algo dolorido de la caída pero nada más.

Reconoció los perros y había tres heridos y uno muerto... ¡muerto del balazo que yo había disparado!...

Ríete, ríete Mentor carísimo, todo lo que quie-

ras, pero después que hayas concluido.... ¡compadéceme con toda tu alma, pues ya comprenderás con facilidad lo poco airoso de mi situación entre aquella gente.

Y ¿para que hablar más de cosas tan desagradables? Bástete saber que mi padre se enfadó conmigo, que los guardas y criados me miraban socarronamente, el perrero con rabia y á los demás señores les ponía un freno su educación, pero allá en su interior ¡bueno me pondrían!

Llegó la noche y cuando estábamos acabando de cenar presentóse en el comedor el capitán, aquel tío tosco, larguirucho y feo que me dijo aquello al colocarme en el puesto primero y nos invitó á ir á la cocina donde esperaba constituido el consejo....

—¿Qué consejo? —pregunté yo sin explicarme aquello.

—El consejo de guerra que tienes merecido — me dijo mi tío. — Cuando alguien comete una falta en la montería hay que juzgarle. Ya puedes nombrar defensor.

Malhumorado por resucitar de nuevo la cuestión que tanto me mortificaba, entreguéme á ellos nombrando á Manolito Sandoval defen-

sor mio, y todos penetramos en la amplia cocina donde ya me tenían preparado el infamante banquillo.

Cuando todos estuvimos dentro de la habitación aquella, observé que cambiaban la postura de los sombreros colocándoselos al revés y que me invitaban á hacer lo mismo.

En seguida habló el fiscal que era el perreroi Dijo que el haber dejado pasar un venado sin tirar, era una falta grave que merecía la pena de un manteo de media hora por lo menos. Sentí un escalofrío en el cuerpo al oír la bárbara pena y pensé que el Quijote de la salida de Montezul se trocaba en Sancho.

Siguió el fiscal relatando la muerte trágica del perro, uno de los mejores de la recova según el orador y pedía por ella la pena de una arroba de vino para la gente.

Al oírle, respiré con fuerza. Yo creí que aquel bárbaro, después de lo pedido por el primer delito, guardaba para el segundo la pena de muerte.

Yo quisiera que hubieras oído la bonita defensa que Manolito hizo de mi mala causa y el éxito que tuvo. Alegó en primer lugar, que el no tirar al venado fué por estar en veda y querer

respetarla y oí un murmullo de aprobación en el concurso.

Lo del perro lo conceptuó en análogo sentido que el fiscal y se adhirió á la petición.

Formaban el tribunal mi tío Gonzalo, don Manuel y el capitán; deliberaron breve rato y en seguida leyeron la sentencia conforme á lo pedido por el defensor.

Abracé á Manolo, saqué cinco duros, se los dí al capitán para la gente y te puedo asegurar que todos, incluso el perrero, desearían que á ese precio hubiera matado la recova entera.

Quedé tranquilo y sin nada más de extraordinario regresé de la Cazalla á los tres días, despidiéndome de la caza de reses para siempre.

Mi llegada á Monteazul fué terrible.

Maria Luisa, enterada de mis aventuras, reíase á mandíbula batiente burlándose de los señoritos almibarados de Madrid, que olemos á perfumes y nos asustamos de una cucaracha.

Yo no sabía que decir, pero te aseguro que las guasas de la niña, las soportaba con menos paciencia que las de los demás.

—Ya habrás visto la diferencia que hay entre los hombres de aquí y los de allá— me decía—

Entre Luis Barrantes y Manolo Sandoval..¡ja...ja ja!.. Y de ese no podrás decirme que es un zafio sin ilustración ni cultura, por que sabe tanto como tu por lo menos. ¡Vaya por Dios, primo, que falta te hacía una temporadita como esta, para que vieras que no está en Madrid solamente lo que vale.

Y así por este estilo, la guapa muchacha se despachaba á su gusto, pero te aseguro, amigo del alma, que de cuanto me dijo, nada me hizo tanto daño como el parangón con Sandoval. ¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir esto? ¿Estoy celoso? ¡No lo sé! Pero si así fuera... ¡pobre de mí! Preveo una catástrofe. Allá veremos....



VIII

La vida en Monteazul, después de la cacería, volvió á ser la tranquila y deliciosa de la etapa anterior, con sus conversaciones, sus paseos, sus almuerzos campestres y sus partidas de ajedrez.

Juan Ramón visitaba á diario el palacio con el pretesto del pan y Luis buscaba con frecuencia la compañía del rústico pastor. Aunque su conocimiento primero fué tan brusco, habían después simpatizado, quizás por ser ambos depositarios de mútuos secretos.

Una tarde de las primeras de Mayo en que el zagalón cargaba sobre una borriquilla el saco lleno de panes, abrióse la vidriera de uno de los balcones y apareció la linda figurita de Carmencilla.

Era la doncella de los Marqueses una muchacha finita, vivaracha, morena, de expresivos ojos y finos labios.

—Juan Ramón.... te vas ya á la majada? —le preguntó.

—¡Hola Carmencilla! Si, ya me voy ¿se t'ocurre algo?

—Nada; curiosidad nada más.

En aquel momento y distraído quizás el zagalón con el hablar de la moza, el saco de los panes cayóse al suelo y desatado como estaba, se derramaron.

—¡Ay! hombre! ¡Cuanto siento que por mi culpa te haya sucedido eso! —dijo Carmencilla.

—Pues mesmamente por tu culpa fué —agregó el zagal— Con que baja y ayúame á recogerlos.

Mas ligera que el aire bajó la doncella y alegre como unas pascuas, se puso muy ufana á recoger los panes.

—Rediez, que ricos me van á sabel cogios por las tus manos.

—Que cosas tienes hombre! ¿Tan bonitas son?

—Muchu Carmencilla, muchu aunque las veo siempre dendi lejos.

—¿Pues como quieres verlas?

—Cogías entre las mias.... ¡así! —Y picarescamente al agarrar el pan que la muchacha traía,

cogió con su broncea mano la nivea de la joven, sin que ésta mostrara espanto ni disgusto.

Ruborizose un tanto Carmencilla, aunque á cien leguas se notaba su satisfacción y hablando, hablando, fuese pasando el tiempo sin que la gentil pareja se diera cuenta.

Luis con un libro entre las manos pisó el atrio y así que divisó á los muchachos exclamó con regocijado tono:

—Bravo, bravo, así me gusta!... Mayo, mes de las flores... Eres el rey excelso de los amores!..

Bajó los ojos avergonzada Carmencilla, y Juan Ramón con rudeza sana exclamó:

—Pues no creo que haiga falta alguna en ello, señorito.

—¡Cá, hombre! ¿Qué ha de haber? al contrario... Lo encuentro muy natural. Con esta primavera espléndida la sangre se enciende y... ¡hay que buscar cariño!

Como una amapola el rostro de Carmencilla estaba, cuando Luis se acercó á la pareja. Quiso la muchacha huir pero le rogó el aristócrata que se quedara.

—Quédate en paz y en gracia de Dios, que el que se retira soy yo. No quiero molestar. Solo

venía á felicitaros por que sois tal para cual.

Clavó entonces sus hermosos ojos el zagal en el rostro de Luis y con punzante acento habló:

—Si señor; estamos mu conformes porque ni hay ni pué habel engaños. Nos queremos pol que si.... Polque como dice el reflán cá oveja con su pareja... Así debían de pensal toos.

—Y así pensarán--dijo tímidamente Carmencilla levantando sus vivarachos ojuelos hasta la altura del rostro del señorito.

—Eso es lo natural—agregó algo descompuesto Luis.

—Yo siempre lo he dicho—agregó Carmencilla animada por su primera salida—pensal una en ser señora? ¡Ni siquiera! Señores con señores... y criados con criados... ¡Tendría gracia que la mi señorita se fuera á casal con un cualquiera, por ejemplo!

—¡Qué disparate!—dijo Juan Ramón en cuyo semblante se pintó una mueca de impaciencia quizás por el giro que la conversación tomaba.

—Ja... ja...ja!—agregó el señorito—¡Qué ocurrencias tienes! Maria Luisa es muy joven, pero cuando llegue el caso, se casará con una persona que se la merezca.

-- A mi se me ha metío en la mollera--dijo en llegando á esto Carmencilla--que mi señorita se casa con.... quien yo me sé.

—A ver, á ver... ¡que se diga—dijo Luis creyendo que de nuevo la *vox populi*, le iba á señalar como futuro Marqués de Monteazul.

—Déjate de tonterías, Carmencilla!-- agregó Juan Ramón suponiendo también que iba por donde á él le mortificaba—Esas cosas molestan á la señorita y no deben decirse.

—No seas simple, Juan Ramón, eso nada de particular tiene—dijo Luis.

—¡Pues es claro!--añadió la muchacha—yo siempre he creído que más que tenga muchos pretendientes la señorita se ha de venir á casar con don Manolo Sandoval!

Esta vez el de la contracción violenta fué Luis que se quedó parado sin encontrar salida, mientras Juan Ramón remachaba el clavo.

—Eso es lo natural... Ya lo decíamos antes, cada oveja con su pareja... y vaya si será buena esa, si lo que Dios quiera, se llegase á jacer!

—Si que sería buena—agregó Luis y cogiendo en la diestra el libro que dejado había en la pared del atrio, despidióse de ambos y á la

sombra de una acacia se puso á hojear nerviosamente el tomo en cuya cubierta se leía: *Tristan ó el Pesimismo*.

—Sabes que no le ha hecho gracia al señorito la noticia?—dijo Carmencilla á Juan Ramón.

—Ninguna; el ladrón nos la quiere robar para darse lustre con ella, pero pa mí que están verdes!

Y como la conversación se había prolongado más de lo debido se despidieron.

La tarde seguía serena, espléndida, deliciosa y con el tintineo alegre de las ovejuelas que á la majada volvían, se mezclaba el majestuoso son del piano que en aquellas montarazes soledades parecía más hermoso que nunca, más divino, más voluptuoso, mas incitante al éxtasis, al amor, á la admiración....

Luis seguía leyendo debajo de la acacia.



IX

Si el dicho de los criados aquella tarde picó su amor propio ó fué realización de un cálculo ya antiguo, averígüelo el que quiera; pero es lo cierto que cuando aquella noche Luis se encerró en su cuarto, tendióse en un sillón y pensó.... pensó mucho sobre el caso y el final fué decisivo.

¿Él vencido y ultrajado? ¡Lo veríamos! Aunque no fuera por ella.... aunque solo fuera porque aquellas bestias montarazes no se salieran con la suya, había de ponerse en relaciones con su prima, ¿Que se burlaba de él? Ya veríamos mas adelante. Esas burlitas podían convertirse en amor.... Y ¡ah, entonces!... ¿Que más tenía que él Manolo Sandoval? ¿Por qué al pensar aquellos rústicos en novio para su amita, como ellos decían, no se les pasaba por la imaginación el nombre de su primo? ¡Ni que fuera él tan despreciable!... Si ella era rica, rico era él

aunque no tanto y sangre noble tenía en sus venas igual que la de Maria Luisa... Y cuando Morfeo le rindió, allá entre las últimas ideas borrosas que en su magín se agolpaban, surgió con más clarividencia que ninguna otra, la salutación del Mentor y amigo: «Salve, salve, Luisín, tu te casarás con tu prima».

Maria Luisa era gran madrugadora siempre y á la mañana siguiente, cuando Luis se levantó ya más dueño de sí y con menos crispación de nervios que la noche anterior, encontró á su prima muy peinada y muy alegre, arreglando en el comedor algunas cosas, mientras su voz dulce arrullaba sonatas del pais.

—¡Hola, niña, contento sale el día!

—Como todos gracias á Dios, primo.

—Tienes razón. Esta placidez y este bienestar son encantadores.

—Mucho has cambiado en tan poco tiempo. Sin duda con la proximidad de tu regreso á la corte, quieres dejar recuerdos mas gratos entre nosotros—dijo la gentil muchacha.

—De ninguna manera. No son cumplimientos frívolos de cortesano. Es que antes no estaba hecho á esta vida y nada de particular tenía

que no me gustara ¡Fué un cambio tan brusco!...

—Si... si y tu apesar de tu cortesanía, que es el arte de decir lo que no se siente aparentando sentirlo, nos llamabas salvajes.... ó poco menos!... ¿Quieres el desayuno?...—preguntó á renglón seguido sin darle tiempo á Luis para que contestase.

—A eso venía precisamente, cuando tuve el gusto de encontrarte aquí—dijo el muchacho.

—¡Primo, si estás desconocido! ¡hasta te has puesto galante quizás como ensayo, para entrar de nuevo en la vida madrileña!

—Eso no es galantería, por lo mismo que es verdad; y además yo creo que esas cosas se dicen en el cortijo y en la corte. ¿A que te dice algo más que eso Manolito Sandoval?—y dejó caer lentas, pausadas las últimas palabras mientras sus ojos de observador escudriñaban el semblante de la guapa chica.

—¡Ave Maria Purísima!—exclamó con viveza Maria Luisa, pero sin que la más ligera contracción, ni el más leve carmín, asomaran á su rostro. --¿A qué viene ahora esa salida? Vaya, vaya, hoy te levantas... ¡qué se yo como! ¡Carmencilla... Carmencilla... el chocolate para el señorito Luis!

—Pues chica, nada de particular tiene lo que te he dicho. Cuando estuve en la Cazalla, Manolo me habló con gran entusiasmo de tí.

—Como que es un buen amigo de la familia.

—Si pero según he oído...pretende ser algo más.

—Te puedo asegurar que no hay tal cosa. Dichos de la gente que hasta mi han llegado alguna vez, pero aunque nada tendría de particular, no hay el más pequeño motivo—y añadió graciosa—Ya ves, si lo hubiera, nada me importaría decírtelo.... La cosa no tenía nada de extraordinario, ¿verdad?

—Nada—respondió Luis poniéndose un tanto ceñudo.—Sería una cosa natural.

Carmencilla entró con el humeante chocolate. Tomó asiento Luis disponiéndose á comer, y salió Maria Luisa del comedor diciendo:—En la sala estamos, señor perezoso. Allí te esperamos.—y cuando acabó de decirlo empezó de nuevo su rítmica sonata.

Hasta Luis, llegó el principio de la copla.

Estoy muy contenta madre
Que tengo donde escoger....

.
.

La mañana era de riente primavera con un sol diáfano que bañaba de oro la espléndida campiña. El alcornocal vetusto brindaba con plácidas sombras al verde suelo salpicado de multitud de flores y en las acacias y naranjos del átrio, cientos de pajarillos saltaban enamorados cantando melodiosos trinos, mientras las hembras incubaban en los blandos nidos.

El débil cefirillo que se movía, al pasar por los campos se impregnaba de riquísimos aromas y entraba voluptuoso por los abiertos balcones del palacote señorial.

—Hoy vamos de expedición—dijo la Marquesa á Luis así que este penetró en la sala.

—¿Sí? ¿á donde?—dijo el muchacho.

—A comer á la orilla del rio—dijo la dama.

—Sí, sí—palmoteo Maria Luisa—Está la mañana encantadora y es un sitio precioso.... Me alegro.... me alegro mucho.

En los preparativos tardose poco, y unos á caballo y otros á pie, salieron del palacio y tomaron senda abajo por una bordeada de gigantescos alcornoques y seculares encinas.

Entre los de á pie iban la animosa muchacha y el cortesano primo; éste último tal vez por

aparecer fuerte y vigoroso ante los ojos de la hermosa chica.

La alegría de la mañana invadió á los expedicionarios y todos caminaban contentos. La Marquesa y don José Barrantes iban á caballo y en un borrico, con sendas alforjas, don Rufo. Detrás un criado á pie.

Al pasar por las pocilgas del criadero de cerdos, los porqueros, unos castellanotes con sus cintos de cuero y sus abarcas, salieron á cumplimentarles, respetuosos y alegres.

Luis charlaba por los codos. Mas jovial que otras veces, entretenía á todos con su conversación amena en la que con fingido entusiasmo iba describiendo los encantos que en aquella vida había descubierto, cuando él la creyó, triste como una tumba.

En esto, volaron dos perdices que se dieron en un matorral próximo á la vereda que seguían.

—Ve á tirarles, Luis— dijo la chica — Y ya que tanto has cambiado, á ver si ha sido en todo.

Descolgóse la escopeta y con resolución, fue-se al matorral precedido de la *Tula*, *pointer* del Marqués y el mimito de Maria Luisa.

Acercose la perra y fué cosa de un momento.

Quedose de muestra con la cola recta, la nariz en alto y la mano derecha levantada. Acercose Luis, entró la Tula y al ruido estridente de las perdices, siguió un disparo seco y una ovación formidable de todos.

El perdigón, un machazo como un pavo, había caido inerte al disparo del cazador. Cobró la perdiz la perra y con ella en la boca, vino á Luis que una vez que la recogió, volvió triunfante y se la ofreció á su prima.

En aquel momento, se creyó más grande que Manolo Sandoval.

— ¡Bien, muy bien!— gritaban todos.

— Ya creo que vas tomando la tierra— agregó Maria Luisa.

— Si— contestó él— precisamente cuando tengo que marcharme!

— Y lo dices con pena!

— Como lo siento. Me encuentro aquí tan á gusto!...

Fuéronse adelantando poco á poco y solos los dos y en animado palique, á punto estuvo él de pasar el Rubicón, pero no se sintió con fuerzas. Al contrario, cuando hablando de los encantos de Monteazul se podía vislumbrar algo de lo

que para él guardaba, bordeaba el asunto con timidez.

Llegaban á los recinchos de la Vega y allá, en los cerros vecinos, la tropa de dulces ovejuelas balaba y comía.

No pararon mientes en ella nuestros conocidos. Ni siquiera vieron á Juan Ramón que receloso se ocultaba entre los árboles.... Seguían.... seguían en animada charla.

.
Así que el zagalón los vió, una mueca feroz se pintó en su rostro y ni un momento perdió de vista á los jóvenes hasta que en el bajo de la Vega desaparecieron.

Un grito de rabia se escapó entonces de su pecho.

—¡Ah ladrón!... ¡Maldita sea tu alma!... !Nos la robas!... ¡nos la robas!...—y siguió arreando las ovejas....



X

Los señores de Saldoval fueron á Monteazul para despedir á los Barrantes.

Mediaba Mayo y una mañana de plácida alegría, oyeronse pisadas de caballo en el átrio, asomose la gente á los balcones y vieron al padre y al hijo, caballeros en preciosas jacas, que se detenían en la portalada.

El recibimiento fué alegre y cariñoso. Manolo abrazó á Luis como si hubieran sido antiguos camaradas, y juntos y del brazo subieron hasta la salita donde la Marquesa y su hija cosían y bordaban.

Con elegante naturalidad saludó el de Sandoval á las damas y pronto empezó la charla amena, durante la cual no escasearon las discretas bromas sobre la continuada estancia de Luis en Monteazul.

—Eso honra nuestra tierra—decía Manolo—

porque un caballero de los usos y costumbres de Barrantes, no hubiera podido permanecer mucho tiempo lejos del mundo, sin aburrirse, sino hubiera sido por lo hermoso de nuestros campos y los tesoros que guardan—é intencionadamente miró con sus expresivos ojos el rostro de Luis y el de su prima.

En agradable palique fuese pasando la mañana y como era natural entre gente de análogas haciendas, se habló de la cosecha presente.

—No es para quejarse—decía don Manuel—la cebada no cuaja mucho, pero el trigo en cambio se presenta prometedor. Yo estoy concluyendo la siega de la primera y según cálculos de los gañanes, todavía á de salir á doce.

—La mía está mejor entonces—contestó el Marqués—Creo que ha de aproximarse á veinte. Vamos si quieres á ver los segadores, que están rematando la cerca, hasta que sea hora de comer.

--Vamos, vamos—y los cuatro señores salieron del caserón y bajo un sol africano que inundaba de oro la campiña, tomaron senda abajo hasta la cerca de los toriles donde se hallaba la cuadrilla.

—¿De modo que os marchais mañana?—pre-

guntó Manolito á Luis que iban los primeros y familiarmente cogidos del brazo.

—Si, decididamente. Es un abuso permanecer más tiempo en esta tierra, por hospitalaria que sea.

—Pues crea V. que yo lo siento mucho y como yo otras personas. Os habeis ganado muchas simpatías por este pais—dijo galante.

—¡Si! ¡muchas! sobre todo las de los compañeros de caza!—exclamó aludiendo á su desdichada aventura venatoria.

—¡Quien se acuerda de aquello! Los cinco duros que disteis borraron todas las malas impresiones!—y después de una pequeña pausa soltó el de Sandoval á quema ropa el consabido escopetazo.

—¿Y está V. ya arreglado con su prima?

Quedose perplejo el de Barrantes y después de mirar el semblante de Sandoval, dijo tomando un aspecto grave.

—Pues ya que me preguntais con interés, os debo decir, á fuer de caballero, que lo que me ha ocurrido en este asunto, es verdaderamente raro. Yo al principio miraba con antipatía á Maria Luisa por sus travesuras y aficiones verdadera-

mente salvajes y después.... después.... ¡qué se yo! pero juraría que estoy enamorado de ella.

—Es natural—contestó Manolo—conociendo á fondo á esa chica, no hay más remedio que quererla. Tiene sobradas condiciones para hacer la felicidad de cualquiera.

—Pero yo casi tengo el convencimiento de que no ha de hacerme caso—dijo con fingida humildad Barrantes, como queriendo explorar la voluntad de su amigo.

—¿Por qué razón? ¿No sois de familia igual y de posición análoga?

—Porque siempre me he figurado que á Maria Luisa ha de gustarle más, gente de sus aficiones, de su tierra ¡V. por ejemplo!—

Ahora el que se quedó parado y sin encontrar salida fué Manolo. Pero después repuesto contestó:

—No lo crea V. eso de las aficiones indudablemente entra por mucho, pero se adquieren con facilidad. ¿Qué más prueba de ello que la temporada tan agradable que V. acaba de pasar? Pues á Maria Luisa le sucederá lo mismo. Irá á Madrid, le gustará aquella vida y después.... á disfrutar de las dos! La Corte y el cortijo.

—Sin embargo yo temo....

—¡No hay que temer...! ¡ánimo y á ello!—dijo con naturalidad Manolo.

Lo que satisficieron estas palabras á Barrantes no hay para qué decirlo. Como por ensalmo vió desaparecer de la escena un supuesto rival, y respiró tranquilo, volviéndose más dicharache-ro y jovial que hasta entonces había estado.

Después de la comida que fué alegre, y animada como pocas, despidiéronse los de Sandoval no sin haber ofrecido Manolo á su nuevo amigo Luis, hacerle una visita el próximo otoño, en la Corte.

Entre preparativos de equipaje fueron pasándose las horas y llegó la ingrata de la despedida.

Todos fueron á la estación distante poco más de media legua y también los Marqueses ofrecieron su visita para el próximo invierno á sus deudos, lo que éstos recibieron con verdadera fruición y sobre todo el muchacho.

Penetró el expres á toda marcha en los andenes de la estación ignota y después de muy pequeña parada, arrancó de nuevo llevándose en su interior á los señores de Barrantes, que desde una de las ventanillas agitaban sus pañuelos.

Los que en la estación quedaban agitaron

también los suyos y....«adiós».... «adiós» se dijeron, hasta que el monstruo desapareció con bramidos de titan entre un espeso bosque de pinos y encinas.

La estela de humo que hacia atrás quedaba se iba desvaneciendo lentamente....



XI

La llegada de Manolo Sandoval á Madrid según las datos que á la vista obran, fué el 22 de Octubre de 19... Y también en los mismos consta, el cariñoso recibimiento que Luís de Barrantes le dispensó trasladándole desde la estación de las Delicias á su propia casa, en un Fiat de 14 H. P. que para su uso particular poseia el joven cortesano.

Con la luz natural y la cultura extensa que Sandoval poseia, poco tardó en hacerse hueco dentro de la empingorotada sociedad que los Barrantes frecuentaban, pero de cuanto en Madrid conoció, nada para él tan agradable como las diarias visitas que hizo al Ateneo, donde poco tardó en hacerse amigo de toda la pléyade ilustre de intelectuales que á diario revuelven libros y emborronan cuartillas en aquella docta casa.

Tales méritos fueron hallando en el despierto

extremeño los que á su alrededor pululaban, que como le oyeran en determinada ocasión defender su tierra de los ataques rudos que alguien la dirigiera, hubo uno de los oyentes que apuntó la idea de que Sandoval diese una conferencia pública sobre Extremadura, á fin de hacer justicia á región tan preterida ú olvidada, á pesar de los méritos que Sandoval había pregonado.

El amor á la tierruca pudo más que la molestia de Manolo y cátrate que á los cuatro días de la escena anterior, los grandes periódicos anuncian con gruesos caracteres que al siguiente día, hará sus primeras armas como ateneista el ilustrado joven Don Manuel de Sandoval, disertando acerca de «Extremadura y sus hombres».

Y el salón de actos, rebosaba gente media hora antes de la señalada para la conferencia. La colonia extremeña en Madrid, se dió cita en el Ateneo y era de ver la brillante representación de uno y otro sexo que adornaba escaños y tribunas.

Un ilustre ateneista, muy conocido en el mundo de las letras, subió á la tribuna acompañando á Sandoval, que ataviado con el correctísimo frac, nadie le hubiera reconocido como el valien-

te montero que en los comienzos de esta narración se nos presentó. Pero á decir verdad tan bien le sentaba un traje como el otro.

La innata elegancia de sus modales, le hacía aparecer á los ojos de aquella sociedad como un cortesano perfecto y los hombres le miraron con curiosidad, las mujeres con simpatía.

Y en verdad que resultaba simpático el muchacho.

Su no fingida modestia, la natural impresión del que por primera vez vá á ocupar aquel sitio, los rasgos dulces de su semblante y la palidez hija de la impresión, que bañaba su rostro, predisponían el ánimo en su favor y esa predisposición, aumentaba al tener en cuenta lo simpático del asunto que iba á desarrollar, el ser un enamorado de su tierra á la que sin duda iba á entonar un canto hermoso.

Y habló primero el viejo ateneista para presentar al orador. Sus palabras fueron breves y discretas, por lo que se recibieron con aplausos de todo el público. Acto seguido se levantó Sandoval.

Trémulo y balbuciente, mientras en la sala se oía un sordo murmullo de la gente que se aco-

modaba, pronunció sus primeras palabras: «Señoras y señores: Ni soy orador, ni tengo méritos para ocupar este puesto; pero me traen á él los entusiasmos que siento por mí olvidada región y el afán que me agujonea por ver á Extremadura ensalzada como se merece....»

Y empezó un himno magistral, elocuente, delicioso, en el que describió con brillantísimos colores la región extremeña con sus dehesas, sus cortijos, sus labores y sus ganados. Habló de la fauna y la flora con tal seguridad en los conceptos y tal primor en la forma, que su proemio se vió coronado por aplausos y bravos estrepitosos. Cuando acabó el exordio la ovación fué delirante y en el tiempo que siguió hasta que volvió á empezar su magistral discurso no se oían más comentarios que:

—¡Este chico es un prodigio!

—¡Qué orador tan admirable!

—¡Vaya unos conocimientos que tiene!

—¡Y qué simpático y qué guapo!

Y otros por el estilo, que bien á las claras denunciaban que la opinión era unánime.

Animado por los aplausos empezó de nuevo y con varonil palabra y apostura gallarda de tri-

buno, dijo que iba á dar un mentís á los que propalan que Extremadura no es rica más que en cerdos y alcornoques.

Habló de Hernán-Cortés y de Espronceda, de Valdegamas y de Pizarro, de García Paredes y de Villalva, de los Zúñigas y de Monroy poniendo tal fuego en sus palabras, trayendo tan oportunas citas, que el auditorio electrizado le seguía en su prodigiosa oración, sintiendo sus mismos entusiasmos y premiando su admirable labor con estruendosas ovaciones.

Para concluir y hablando de los sentires extremeños, trajo á colación el recuerdo del gran poeta Galán, el cual si bien no nació en Extremadura, en ella vivió y á ella dedicó muchas de sus inimitables poesías, siendo el primero que recogió el dialecto del pueblo en algunas de ellas. Y recitó *Varón* la famosa sátira del poeta que se cifra en sus versos «*Me giedin los hombris, que son medio jembras*» recibiendo una salva de aplausos atronadora.

Cuando acabó su admirable discurso, muchos le abrazaron y tuvo que permanecer largo rato en el Ateneo, entre apretones de manos y enhorabuenas no faltando las presentaciones de

rúbrica de gentes para él desconocidas que querían estrechar la mano del portentoso orador.

Luis Barrantes después de un fraternal abrazo, anuncióle la presentación de los señores Barones del Brezal, oriundos de Extremadura, aunque maldito si la conocían, por lo que aunque escucharon el discurso, lo mismo podrían aplicarle á esta Región de España, que á Pekín; pero que sin duda habiéndose despertado en ellos el apagado amor á la tierra, querían conocer de cerca á tan esclarecido cantor.

Y momentos después del grupo que á Sandoval rodeaba, destacáronse tres figuras lujosamente ataviadas y Luis Barrantes habló:

—Mi amigo Manolo Sandoval... Los señores Barones del Brezal y su hija Luz....

A los cortesanos saludos, sucedieron palabras de felicitación entusiasta al nuevo campeón del Ateno y una invitación galante para que Sandoval y su amigo, fuesen al siguiente día á honrar la mesa de los Barones en su Hotel de la Castellana.

Después la salida en triunfo de Manolo y el dirigirse los dos amigos á su domicilio, cambiando durante el camino algunas palabras útiles á la narración, que el novelista transcribe.

—Y estos Barones qué clase de gente son?
—interrogó Sandoval.

—Unos señores que aunque proceden de Extremadura, son madrileños netos. Viven con un lujo asombroso y son esclavos de la etiqueta y las modas. Pasan como gente rica y lo son á juzgar por sus gastos y sus lujos, pero la nota que predomina en ellos es la frivolidad. Aunque los veas atentos y prodigándote deferencias, no creas que son por tí... son por vanidad.

—Vanidad?—preguntó Manolo no comprendiendo bien lo que su amigo le indicaba.

—Si vanidad; después del triunfo que acabas de obtener, mañana los periódicos todos se ocuparan de tí y los Barones están á estas horas encantados con pensar que en la gacetilla de sociedad, dirán los reporters, que ellos los Brezal, han celebrado una comida en tu honor.

—Pues mira, á primera vista engañan. Parecen llanos en su trato y agradables en extremo.

—¡Agradables! ¡ya lo creo! como que son cortesanos puros; y lo de la llaneza es fingida por lo mismo que sirve muchas veces para aparecer después más ceremoniosos. La chica tiene la escuela misma de sus padres. Tiene mil adorado-

res que la cortejan más por sus doblones que por su figura y está persuadida de que vale mucho, lo que le hace ser una caprichosa y coquetuela verdaderamente temible.

—¡Anda con la niña! y á mi qué se me antojó una rubia espiritual y delicada con ojillos de cielo.

—Líbrete Dios de caer en sus redes, pues con toda su angelical figura, te haría sufrir horriblemente.

—¡Ah! ¿quién piensa en eso? No es más que hablar por hablar... Enterarme de quien son los señores á quienes debo la atención de comer mañana en su casa.

Habían llegado á la suya nuestros amigos y en ella penetraron. Dejemos que descansen...



XII

El hotel de los Barones del Brezal presentaba á la siguiente noche, el aspecto de las grandes solemnidades. El jardín fantásticamente iluminado, daba acceso á espléndido soportal adornado de exóticas plantas. Una suave escalera desembocaba en el *hall* lujosísimo, donde en armónico desorden, todos los grandes diarios invitaban á posar los ojos en sus letras menuditas y apretadas todavía oliendo á esas típicas emanaciones de la tinta de imprenta.

Fué aquello una suprema galantería de los Barones, para su huésped de aquella noche, por que todos los periódicos dedicaban sendas columnas, muchos en la primera plana, al portentoso orador del Ateneo. Era aquella colección de diarios algo así como una corona triunfal que ceñirían los Barones á Manolo, cuando pisara su casa.

Y entraron Sandoval y Barrantes y á pesar de la cortesanía de los saludos, se notaba satisfacción y entusiasmo por ambas partes.

Luz estaba hermosísima. En su bien peinada cabellera rubia resaltaban esplendidos adornos de brillantes y su finísimo cutis ligeramente sonrosado en las mejillas, orlaba primorosamente á sus ojos azules, como dos luminosos záfiro y á sus labios rojos, como la sangre plebeya.

El cuerpo era una estatua modelada por genial artista. Ni alta, ni baja, ni gruesa, ni delgada, todo en ella tenía la exquisita proporción que la belleza exige.

Largo rato permanecieron en el *hall* comentando lo que los grandes diarios dedicaban al suceso de la noche anterior y Luz, que sin duda había leído todos, enseñaba á Sandoval las más halagüeñas frases, mostrándose complacida de que hicieran justicia al mérito del muchacho.

Llegó la hora de comer y Manolo ocupó su asiento entre la Baronesa y Luz. Ésta envidiosa sin duda de la gloria de Sandoval, cifró todo su empeño en rendir ante sus pies, al hombre del

día, poniendo en juego todos cuantos recursos le sugirieron su coquetería y su vanidad.

Manolo estaba encantado. Aquella rubia espiritual y delicada, tan pretendida de todos, se le venía á las manos (¡bien lo veía él con su entendimiento claro!) como si su palabra en la noche anterior, hubiera sido la varita mágica capaz de infundir un corazón candente á una estatua de mármol.

El flirteo fué muy del agrado de ambos llegando al extremo, cuando salieron al *fumoir* para tomar café, de hacer grupito aparte donde charlaban y reían sin dar reposo á sus lenguas. ¿Que de qué hablaban? Ya lo sabeis lectores, si sois viejos por serlo y si jóvenes porque á ninguno os habrá faltado una situación análoga en la vida, con un mundo de ilusiones en la cabeza y unos ojos hermosos que miren enamorados cuanto vosotros decís....

Indiscretos nos acercamos á ellos cuando se despiden.

—Adiós Luz, sois realmente encantadora. Platicando con V., la vida parece un sueño.

—Gracias por su galantería, pero podeis creerme; á la que le ha parecido un sueño vuestra

estancia en nuestra casa, ha sido á mí. No podeis figuraros cuanto deseo tenía anoche, desde que empezasteis á hablar, de oiros en la intimidad, así, como hemos estado este ratito....

—A mi también me agrada esto más que lo de anoche, os lo aseguro. Ayer en medio de mi aturdimiento, no veía más que las manos que se movían para aplaudir.... hoy.... hoy veo además esos ojos divinos.... que me animan y puedo aseguraros que aunque anoche dije: «De mis soledades vengo y á mis soledades voy» de tal modo he cambiado, que me siento con ganas de lucha.

—¡Pues ya lo creo! Un muchacho de sus condiciones, no debe enterrarse en vida por muy enamorado que esté de su tierra!...

—¡Y no me enterraré! Ya lo vereis.... No se qué *luz* nueva se ha puesto ante mis ojos, que me hace ver las cosas de distinta manera...—Sonrió la joven con la sonrisa del triunfo y como Barrantes avisara á Sandoval que debían marcharse, hubo apretones de manos y palabras finas hasta que «adiós» «adiós» y los dos muchachos desaparecieron por el recodo de la amplia y alfombrada escalera.

--Es una muchacha deliciosa—dijo Sandoval á Barrantes asi que solos se vieron.

—Pero muy peligrosa—contestó Barrantes.

—No sé por qué?—interrogó Sandoval que todavía se sentía influido por los encantos de la guapa chica.

—Ya te lo dije ayer. Porque es una coqueta insoportable. Esas deferencias que contigo ha tenido, las tiene con todos. Hoy te prefiere á tí por tu celebridad, porque quiere adornarse contigo, como con una joya... Mañana cuando te vea rendido, apasionado, se gozará con pisotearte con humillarte...y sinó.... ¡al tiempo!

Quedóse pensativo Sandoval. La berlina que los conducía, rodaba vertiginosa sobre el adoquinado de las calles,....



XIII

Madrid 8 de Noviembre de 19...

«Querido Gonzalo: Llegó la época de que nos paguéis la visita anunciada y para que por nosotros no quede, te escribo la presente, rogándote no demoréis la venida, pues además del gusto que tanto Luis como yo tenemos en ello, Madrid está en todo su apogeo y se os hará mas agradable la estancia en la Corte. El Real abrió sus puertas anteayer y tanto un turno como otro están brillantísimos. Titta Rufo obtiene éxitos colosales. Está reputado y con razón como el más grande coloso de su época.

Ya sabreis por los periódicos que Manolito Sandoval vino, vió y venció. Es un chico delicioso y que vale mucho. Llegará á ser lo que se le antoje. Ahora anda, según Luis me dice, enamoriscando á Luz Brezal y creo que con éxito, pues siendo una muchacha con fama de frívola,

parece que vuestro paisano ha llegado á interesarle y no desperdician uno y otro ocasión para entablar animados paliques.

Anoche en el Real fuese Manolito al palco de los Barones y allí permaneció durante la representación toda.

Yo les observaba y como soy perro viejo en estas lides, me parece que la cosa marcha á las mil maravillas. Veremos si acaba en boda, aun cuando presumo que no es esa la mujer que cuadraría á los gustos y aficiones de Sandoval.

Cariñosos recuerdos para todos y tu sabes te quiere tu primo, Pepe.»

La carta surtió su efecto y á los pocos días la prensa anunciaba en las noticias de sociedad, que se habían trasladado á la Corte los Marqueses de Monteazul, con su encantadora hija Maria Luisa.

Y empezó una vida distinta en absoluto para los extremeños. Comidas, reuniones, bailes y teatros absorbían por completo el tiempo no dejándoles más que el necesario para descansar.

María Luisa se trasformaba. Con su belleza espléndida y su encantador gracejo, se veía mimada y cortejada por la sociedad en general y

en especial, por tres ó cuatro almibarados pollos que la perseguían.

No hay para que decir que con estos cortejos, el primo sufría grandemente, aunque en realidad la guapa extremeña no daba el mas pequeño motivo de celos por su seriedad y circunspección.

Con la estancia de Sandoval en Madrid y en la misma casa de Barrantes, las comidas familiares resultaban agradables en extremo y regocijadas por el buen humor de todos.

—Ya te convencerás prima—solía decir Luis á Maria Luisa—que hay algo más en el mundo que aquellos campos tuyos. Esta es la verdadera vida y no allí, siempre encerrados como las fieras....

Aún tiempo protestaban la niña y Manolo y aunque admitían que la vida cortesana les agradaba un poco, por nada del mundo renunciarían ellos á su tierra.

Y rodando la conversación sobre este tema llegaba á su culminante estado, cuando el grave Don José exclamó dirigiéndose á Sandoval.

—Pues por mal camino va V. amigo mio, para sus gustos. Luz Brezal no encontrará jamás atractivos en la vida de ustedes.

—¿Quién piensa en eso?—dijo Manolo en seguida, al mismo tiempo que una oleada de rubor subía á sus mejillas.—Aunque esa chica me gustara...

—¡Que sí te gusta!—dijo interrumpiéndole María Luisa.

—Bueno, pues aunque me guste ¡soy yo muy poco para ella!

—¡Adiós Don Modesto!

—¡Bien por los hombres!

—Así me gusta la gente!—y otras exclamaciones de este jaez, salieron de los labios de todos, cuando Sandoval concluyó.

—Pues yo—dijo don José, así que las explosiones se calmaron—soy mas viejo que V. y... vamos: si ustedes dos no se entienden ya, (que creo que sí) acabarán por entenderse.

—Tienes razón papá—dijo Luis—Si no estais ya en relaciones, lo parece.

—Puedo asegurar á ustedes, que mis relaciones con Luz, no han pasado de los flirteos tan corrientes entre los madrileños.

—¡Pues allá veremos!

—No; y realmente Luz es una muchacha encantadora. A mí á parte de que no apruebo algunas

de sus libertades, hijas de su educación, es la chica que más me ha gustado de cuantas he conocido aquí—dijo la Marquesa con naturalidad.

—Libertades?—dijo Sandoval un poco picado.

—Si, Manolo; libertades que aquí no lo son y en nuestra tierra, parecerían otra cosa. Eso al fin y al cabo no tiene nada de particular; es hijo de la educación recibida.

La noche de aquel día se celebraba un gran baile en casa de los Barones y como recayera la conversación sobre él, dijo Luis á su prima.

—Maria Luisa, si quieres, bailaré contigo el primer rigodón esta noche.

—Con mucho gusto.... ¿y quiénes harán el vis?

—Luz y yo— dijo en seguida Manolo—me tiene ofrecido el primero también.

—Me alegro, me alegro—dijo palmoteando la extremeña—así nos fijaremos más en vosotros!

—Y yo—agregó Manolo dejando caer lentas y pausadas sus palabras—me fijaré ¡en la pareja que nos haga el vis!

Esta vez los sofocados fueron Luis y su prima. Nadie contestó á las palabras de Manolo, siguiendo un embarazoso silencioso durante el

cual se escuchó perfectamente el tic-tac del reloj, que parecía marchar mas lento que el corazón de algunos de los comensales.



XIV

Empezaba la orquesta á preludiar sus primeras notas y el aspecto del gran salón de baile era deslumbrador realmente.

Una muchedumbre distinguida había invadido la casa y á la espléndida luz que inundaba el hotel, descomponíase la admirable colección de piedras preciosas en irradiaciones fantásticas.

Mujeres vistosas elegantemente ataviadas; uniformes brillantes de diplomáticos, ministros y gentiles-hombres; trajes de frac en cuya negrura resaltaban las nítidas pecheras abrochadas con perlas y brillantes, eran las figuras que constituían aquel cuadro en el que parecía que la humanidad no tiene penas, ni miserias y sin embargo ¡cuantas se ocultarían entre aquellas galas!

Sonó el anuncio del primer rigodón y entre la multitud se produjo un revuelo, buscando cada cual su pareja comprometida.

De entre un animado grupo que ocupaba uno de los ángulos, destacose la primera pareja. Luz y Manolo.

Estaba ella realmente deliciosa. Sus cabellos de oro brillaban como nunca y su delicado busto se cubría primorosamente por un vestido blanco de crespón de seda, sobre el cual se destacaban espléndidas joyas. El cuello y parte del pecho quedaban á la vista, libres de trapos, haciendo resaltar las bellezas de nácar y alabastro que parecían formarlos.

Al lado de Luz, esbelto, arrogante y guapo Manolo Sandoval, lucía un flamante frac. Apoyó la chica su delicado brazo en el del extremeño y recorrieron el salón buscando su anunciado vis.

Y le encontraron. En uno de los divanes Luis de Barrantes y Maria Luisa hablaban con tanta animación, que así hubieran continuado á no haberles interrumpido la carcajada sonora que Manolo soltó al aproximarse.

Como por un resorte se pusieron de pie y un poco sonrojados, sobre todo la niña, fueron á ocupar sus sitios y empezó el rigodón.

Durante las figuras ellas y ellos cambiaban

rápidas impresiones de lo que estaba ocurriendo. Un grupo de mamás les observaba.

—Me parece que ese chico extremeño es algo más que amigo de la casa—decía una señora regordeta y vieja, dirigiendo sus impertinentes á la gentil pareja.

—¡No lo creas!—agregó otra que sin duda era Marquesa á juzgar por la corona de brillantes que lucía—Esa chica la ves igual de entusiasmada con cualquiera que baile. ¡Tiene buen corazón!

—No—agregó una tercera—porque aunque así sea, yo también vengo notando, hace unos dias, que se gustan. En en el Real, se pasa las funciones enteras en el palco con ella.

—Si, si, algo hay—añadió la primera—pues al pobre chico no le arriendo la ganancia.... La niña es de muchísimo cuidado.

—Si pero él estará deslumbrado con los millones y pasará por todo. Estos advenedizos no se paran en reparos—añadió otra que hasta entonces permanecía callada.

—Mirad, mirad —agregó la de los impertinentes usando de ellos—sinó se está declarando, le falta poco. Con qué vehemencia se explica!

—¡Como que dicen que es un gran orador!

—Y ella baja los ojos ruborizada.... pobrecilla.... se hace la inocente jugando con el abanico!....

—No; pues los que le hacen el vis, tampoco pierden el tiempo!

—¡Caramba y que manera de mirarse!

—Quién es ella?

—Una prima de él, hija de los Marqueses de Monteazul. Una niña provinciana ¿no lo ves? Trae un vestido bonito, pero con el cuello hasta las orejas ¡qué pudorosa!

—Un nuevo coqueteo de Barrantes.... la pobre caerá en sus redes porque tiene angel para las conquistas.

—Que lo diga Margarita Piedra-Dulce.... ¡pobrecilla! que rato estará pasando al verlos tan acaramelados!

—Pues la chica es guapa ¡ya lo creo!; vale mucho más que Margarita.

—Y rica. Según mis noticias tienen grandes propiedades en Extremadura y allí las dehesas son minas.

—Vamos que los chicos del día pudieran ser todos protagonistas de *Los cazadores de dotes!*....

—Mirad, mirad—dijo de nuevo la de los impertinentes—ya levanta los ojos Luz.... ya habla temblorosa y él ¡qué pálido está!...

—Será memorable este baile para la casa?—interrogó la Marquesa.

—Seguramente; sí... sí... la cosa va muy bien... Se sonrien los dos... asunto arreglado.... ¡asunto arreglado!

—¿Qué dicen las simpáticas mamás?—preguntó un hombrecillo de indefinida edad, gorrón de carrera y gracioso forzado, indispensable en fiestas como aquella, acercándose al grupo de señoras.

—Pues la noticia de la noche.

—Lo que V. no sabe!

—La nota del baile!...

—Qué es ello? ¿Qué sucede? Me intranquilizan ustedes!

—Pues ese chico extremeño se ha declarado á Luz y Luz le ha dicho que sí!...

—¡Hombre! gran noticia! Manolo Sandoval y Luz.... Ustedes perdonen voy á hacerlo público.... quiero que nadie se me adelante á referirlo.... Adiós.... La inconquistable Luz.... ¡vaya.... vaya!...—y conforme se alejaba del grupo se di-

jo hablando solo—A Pepe Lima el primero.... á Gonzalo.... después.... ¡pobrecillos!

—Este don Evaristo es delicioso, se muere por estas cosas!

—Como que es para lo que sirve. No le habeis conocido otros entretenimientos.

—Pues anda, que nuestra observación de esta noche, pronto se hace pública. ¡Don Evaristo es el único para guardar secretos!

Se acabó el baile. Terminada la cadena cada caballero del brazo con su dama daba vueltas por el salón.

De repente don Alvarito acércase á Luz y Manolo y les dice:

—Que sea enhorabuena! ¡Me alegro! ¡Me alegro!

—Enhorabuena de qué? —preguntan á un tiempo los dos un poco intranquilos.

—Pues de que... de que...!han bailado ustedes el primer rigodón!—y se alejó riéndose la gracia.

Deshechas las parejas vuelve á reinar el bullicio en el salón y entran y salen las gentes, visitando otras estancias, donde unos juegan al tresillo, otros al bridge y los políticos se ocupan de su eterna lucha.

Barrantes y Sandoval cogidos del brazo se sientan en un diván del *fumoir*. Encienden un cigarrillo y empiezan á charlar.

—Chico—dice Barrantes—me parece que los dos hemos pasado el Rubicón.

—Le pasaste tu ya?

—Lo mismo que tu y con éxito igual. He tenido tiempo de observaros.

—Pues sí, seamos francos. Estoy en relaciones con Luz.

—Y yo con Maria Luisa.

—¿Te has convencido ya de que no era imposible?

—¡Hombre imposible no dije yo, pero si muy difícil. Te aseguro que si en vez de ser en Madrid, me hubiera declarado en Extremadura, me dice que no seguramente. Allí se burlaba de mí, me dominaba, aquí ha sido al revés. La pobre chica en un mundo para ella desconocido me ha tomado á mi de Mentor y ha cedido. Lo tuyo estaba visto también.

—No tan claro, no tan claro. Yo temía que tuviera mas aspiraciones. Y ¡nada! la chica se presentó muy bien desde el principio. Estoy loco, enamorado.... satisfecho.... y sin embargo algo

hay dentro de mi que me intranquiliza.... que me hace sufrir.

—Y que es ello?

—El juicio que te merece mi novia. Pienso si tendrás razón. Si Luz en vez de labrar mi felicidad.... será mi desgracia. Porque yo—dijo con vehemencia Sandoval—no conceptúo mas matrimonio que el que se hace por amor. Si en mi mano estuviera, quitaría sin dudas ni vacilaciones el hermoso pedestal de mi novia y le sustituiría por otro más humilde. Entonces la querría más mucho más....

—Acéptala como está y no seas primo. Mejor es así. Hay que ser prácticos con arreglo á los tiempos que vivimos. Eso de que contigo pan y cebolla.... solo se conserva en las novelas románticas. Lo único que debe preocuparte es si Luz se amoldará á la vida que á ti te gusta.

—Respecto á ese punto estamos en el mismo caso ¿crees tu que Maria Luisa se acostumbrará también á la frívola vida cortesana dejando la patriarcal de sus estados?

—¡Ah.... pero es muy diferente la cuestión. El cortesano soy yo en mi asunto y en el tuyo es ella.... Para casarse un hombre debe buscar

una mujer seria, cariñosa y que no sepa lo que son flirteos, que si son inocentes en determinada época de su vida, después... después pueden ser criminales!

—¡Luis!

—No te sulfures hombre. Es hablar por hablar, como tu decías la primera vez que de este asunto nos ocupamos. Puede que Luz pierda su fama de coqueta y se dedique á quererte con alma y vida.

—Y así será—dijo resueltamente Saldoval— los ojos de Luz no han de engañarme á mi, como los tuyos á la inocente Maria Luisa. Porque no me lo has de negar, á ti te gusta tu prima pero quítala su marquesado y su fortuna....

—Y quítala mí noviazgo!—dijo cínicamente Barrantes—Yo no soy tan romántico como tu!... ¿oyes? Un vals.... Vamos á bailarle.... Hasta luego señor Barón.....

—Adiós Marqués de Monteazul....—y luego hablando solo—¡Pobre Maria Luisa!



XV

La noticia circuló rápida por todo el Madrid elegante.

El orador extremeño, como se le conocía ordinariamente á Manolito Sandoval, se casaba con la Baronesita del Brezal.

La inexpugnable Luz había sido vencida, aunque á decir verdad, sus flirteos no disminuían á pesar de la aparente seriedad que ya tenían sus relaciones. Ni perdía fiesta, ni dejaba de ser en ellas la niña mimada por los almibarados pollos, que desde su presentación en sociedad, giraron en torno suyo,

Alegre y decidora, era la muchacha preferida para los paliques por sus chistes picarescos y descaradas gracias.

Algo y aun algo mortificó á su galán conducta semejante, pero siempre sabía ponerse cariñosa á tiempo, desvirtuando como por encanto los cargos que Manolo le hiciera.

—Si yo no quiero á nadie más que á tí.... ¡No seas tonto, celosillo!... Son pasatiempos.... tontearias... Ya ves nadie me obliga á quererte...es porque si... porque me gustaste desde el principio....

Y con cosas de este jaez, desarmaba el mal humor del extremeño, que daba rienda suelta á su pasión, considerándose el más feliz de los hombres.

Algo análogo aunque á la inversa sucedía con Barrantes y Maria Luisa.

Llegó la chica á interesarse de tal manera por su primo que no pensaba más que en él produciéndole enfado, cualquier galantería de Luis para con otra dama.

Y así pasose el tiempo entre visitas del extremeño á Madrid y del cortesano á Extremadura, admitidos ambos ya como novios oficiales de las dos muchachas.

La noticia en Monteazul cayó como una bomba.

—No sabes que por fin se casa la señorita— dijo á Juan Ramón Carmencilla cierto día.

—Esa ya me la tenía yo tragada— contestó el zagal—Desde que allá por Abril se presentó en esta el señorito Luis, se me puso á mí que venia á por ella.

—Pues yo al principio creí que no se gustaban. ¡Se reía tanto la señorita de él!...

—¡Pobrecilla! Una mujel tan guapa y tan buena, casada con ese señoruco esmirriao y feo! ¡Ya no la golveremos á vel por Monteazul!... Se la lleva pa siempre!

—¡Quita pa ya? Vendrán como antes.... Ya lo verás.... Ella no pierde sus aficiones al campo....

—No, Carmencilla, no. El marido la obligará á vivir por aquellas tierras donde él vive. ¡Cuan- to mejol hubía sío que se casase con el dueño de la Cazalla! ¡Esu sí que hubía sío bien pa toos!

—También se casa el señorito Manolo.

—¿Sí? ¿Con quién?

—Con una señorita de clase muy alta que dice si es condesa ó marquesa....

—¡Maldita sea! Pos lo siento como hay Dios. Yo que solu quería la felicidad de nuestra ama... y ¡qué se yo! pero se me figura que vá mu mal empleada!....

Muchos comentarios de análoga clase se hicieron á medida que la noticia se extendió entre los rústicos habitantes de Monteazul, y de todos ellos, sacábase en consecuencia que hu-

bieran recibido con gusto mucho mayor, la noticia de la boda de Maria Luisa con Manolo Sandoval.

Era lo que ellos decían. Dos familias tan conocidas, tan buenas y tan nobles, debían unirse. Las mismas fincas colindantes parecían indicarlo y hasta las aficiones análogas lo exigían para bien de todos. Pero los planes se habían truncado y los súbditos de la Cazalla como los de Monteazul, sentían ese temor propio de los servidores que van á conocer amos nuevos.

Manolo Sandoval había cambiado de vida. Aquel otoño, apenas si asomó por sus fincas, igual que en el invierno y en la primavera. Vivía casi de continuo en Madrid y se había engolfado en la política, á la par que en sus amores.

No tenía tiempo para nada. Olvidó sus aficiones y en continuo ajetreo pasaba la vida perdiendo salud y dinero, al par que se acarreaba disgustos y desengaños.

En estas andanzas llegó el mes de Mayo, fecha indicada para celebrar las bodas y en medio del estruendo que tales fiestas lleva consigo.... se celebraron ambas.

Despidámonos de nuestros amigos solteros y pasando por alto las ceremonias, vamos á encontrarlos casados.

Empiezan bien. La riente primavera tiende su velo de flores por los espléndidos campos extremeños.... Los arroyuelos charlotean deliciosos cantos de amor en la floresta.... y todo parece entonar una poderosa sonata á la vida.... ¡á la hermosa vida!....



XVI

Monteazul Mayo de 19....

«Mentor amigo: Cumplo gustoso lo que te prometí y allá van mis impresiones de casado. La luna de miel todo lo puede y creo que he ganado en el cambio de vida. María Luisa me adora aún más de lo que yo me merezco y aquí nos tienes, disfrutando de todos los encantos de esta espléndida tierra, aunque yo maldito lo que me fijo en ellos.

Para mi en estos días, lo mismo me da que el sol luzca potente inundando de oro la campiña, como que se cubriera de nubarrones densos y plomizos, igual disfruto viendo el paisaje serrano lleno de vegetación, como si fuera un campo yermo de rastrojos sin fin; con cariño análogo, miro las dulces ovejuelas gordas y lucidas, que miraría los enflaquecidos lobos y los asquerosos buitres.... para mi no hay mas que una niña

guapa, fina, espiritual y lista que me quiere.... que me quiere mucho....

Los servidores de aquí á nuestra llegada, miráronme escamados. Hoy.... hoy creo que en sus miradas hay confianza y cariño. Hasta Juan Ramón, un hosco zagalejo que en ocasión lejana, le tuve por rival, ha depuesto su aptitud y creo que me mira con sumisión y cariño.

De Luz y de Manolo nada sabemos. Supongo que estarán en la Cazalla entregados á su amor como nosotros.

Y nada más. No quiero robar tiempo á mi Maria Luisa que me espera para salir de paseo, pero no puedo terminar esta, sin recordar tus palabras ¿será ficticia esta felicidad? Yo creo que no, en contra de lo que tu opinaste. ¡Allá veremos! Tuyo, Luis.»

Y pasaron dias, dias felices de tiempo espléndido y aromas deliciosos. Los candentes rayos del sol extremeño agostaban rápidamente las yerbas y las flores. En los campos renacía la actividad de la recolección. Cantaban las chicharras y los grillos. Las amapolas lucían sus pétalos como cuajarones de sangre y llegó por fin el decisivo momento.

Una tarde cuando las tintas grises de plácido crepúsculo esparcían fresco bienhechor por la abrasada campiña, allá por la revuelta del camino asomó una caravana.

Luis leía en el atrio y al piafar de los caballos levantó los ojos del libro. Pronto conoció á los que eran. Manolo Sandoval con Luz y el séquito de guardas y criados.

El recibimiento fué afectuoso en extremo y luego, mientras las dos señoras arreglaban la casa para recibir á los huéspedes, Manolo y Luis bajaron de nuevo al atrio.

Era una tarde serena de espléndido cielo azul. Un cefirillo ténue acariciaba la floresta, y las acacias y los naranjos inundaban del riquísimo perfume de sus flores aquel ambiente puro que se respiraba.

—Siempre pensando en ir á veros—dijo Luis cogiendo del brazo á Sandoval—y os habeis adelantado vosotros.

—Señal inequívoca de que estais entretenidos y felices.

—En efecto: lo pasamos muy bien, aun cuando ya me cansa el campo con estos calores tórridos que disfrutamos. Pronto nos iremos á Madrid para preparar el viaje de verano.

—Y nosotros también. Luz se cansa del campo. No está acostumbrada á esta vida y no se entretiene más que cuando está conmigo. Apenas habla con los criados y yo no quiero verla así.

—Es que realmente esta vida cansa cuando se está habituado á otra más activa y si en los albores de la luna de miel, no se advierte el cambio, pasan luego unos días y la nostalgia aparece.

—Pues yo te soy sincero. Prefiero esta vida con sus calores y sus insectos, á la laberíntica de la corte. Aquí.... ¡qué se yo! pero se me antoja que Luz es más mía, que la tengo más cerca, que me quiere más....

—Pero Manolo, por Dios, me vas á resultar un romántico en pleno siglo XX.... Preveo que no vas á ser feliz con esa manera de ser.... Las exigencias del mundo son muy distintas... ¡Mira que sería gracioso que un matrimonio de vuestra posición y vuestra juventud se enterrase en vida en estos campos solo habitados por semi-salvajes...

—Pues ¡que quieres! ese sería mi mayor gusto. La obscura vida burguesa cuidando de nuestras haciendas y ganados!...

—Nada, nada, chico, tu matrimonio y tu posición te exigen sacrificios ¡no hay mas remedio!

—Y me sacrifico, no lo dudes, pero ya... ¿qué recurso me queda?

Había anochecido; las primeras estrellas empezaban á parpadear sobre el cielo gris, oíase el canto de las nocturnas aves y á medida que la noche avanzaba, el perfume de los naranjos y las acacias se hacía más intenso, más penetrante....

Barrantes y Sandoval entraron en el palacio.



XVII

La escena entre las dos amigas fué muy semejante á la de Manolo y Luis.

Mientras Luz clamaba por la Corte, Maria Luisa encontraba deliciosa la estancia en Monteazul. Aquella paz bendita, entre criados fieles y rebaños dulces, entristecía á la cortesana, y llenaba de satisfacción á la extremeña.

Juntos luego los cuatro, siguió la discusión sobre tan importante asunto y triunfantes al fin los madrileños, decidieron que á los ocho días de aquel en que se encontraban, se reunirían los cuatro en la estación ferroviaria de la Bazagona, para tomar el expreso de la Corte.

Ya no podía tolerarse más el insoportable calor que durante gran parte del dia les tenía recluidos en los salones bajos del palacio. Los cínifes y mosquitos no daban paz á sus venenosas trompas y era mucho tenerlo que aguantar!

Eran unos días largos, agobiantes, de aburrimiento sin fin.

De vez en cuando las notas del piano inundaban el palacio y en vez de entretener á Luis, avivaban el deseo de otra vida, donde aquella calma sepulcral no existiese.

Y Maria Luisa se lo contaba á Luz con ingenuidad.

—Mira, yo no quiero estar más en el campo, porque sufro viendo á Luis aburrido. A veces por entretenerle me siento al piano y ¡nada! se me pone al lado triste, pensativo, sin ganas de hablar.... en fin que dejo á Mozart ó á Gounod y me pongo á contemplar á mi marido. Otras veces vamos de paseo. Yo me entretengo como una niña, jugando con los chivos y las cabras y él siempre callado se sienta en un peñasco y solo de vez en cuando me sonrío.... Nada, que no le gusta el campo y como alguien ha de sacrificarse, me toca á mí.... ¡que le hemos de hacer!

—Oye, Maria Luisa ¿sabes que hubieras hecho una gran mujer para Manolo?—dijo Luz riendo locamente su frase.

Maria Luisa se quedó pensativa. ¡Qué cosas se le ocurrían á Luz!

Y lo decía tan fresca! No pues Luz no hubiera sido buena mujer para Luis.... Para Luis ella y nada mas que ella que le quería con toda su alma y haría por él no solamente ese sacrificio, sino otros mayores.... ¡mucho mayores! Todo con tal de que el cariño de Luis no le faltase.

La comida del siguiente día fué alegre y divertida como pocas.

En honor de los huéspedes abrieronse botellas de rico Pomery y el borboteo del champagne en las copas, se mezclaba con las risas frescas de aquel pedazo de juventud allí reunido.

—Manolo—dijo Luz que reía de buena gana, ante la perspectiva de su pronta ida á Madrid—no sabes lo que le dije anoche á Maria Luisa?.... que están trocados los papeles! ¡Que tu hubieras sido un gran marido para ella, á juzgar por sus aficiones!

Rieron todos la gracia con más ó menos ganas, pero convinieron después en que se encontraban muy á gusto tal y como estaban.

Pasadas las horas de calor salieron al campo. Iban al rio ávidos de buscar el fresco agradable de sus orillas esmaltadas de fresnos y de robles de vegetación hermosa.

Por galantería Luis acercóse á Luz y á Maria Luisa, Manolo.

La conversación de las trocadas parejas, no decayó un momento.

Hablaban los primeros de Madrid, de su adorado Madrid con sus paseos, sus comidas y sus teatros. El champagne había enrojecido algo las delicadas mejillas de Luz y estaba escitante y guapa como pocas veces.

Para ella el campo era un cementerio. Aquel inaguantable silencio que les rodeaba, llenábale el alma de una tristeza aterradora.... Ella con sus manos cuidadas, jamás descalzas para que el sol no las ennegreciera y siempre con sombrilla, para conservar la blancura de su rostro, no podía vivir sin que la vieran mas que los zafios servidores y algún que otro cursilón de los pueblos vecinos, que al azar pasaba por su casa.

Y Luis encantado con aquel modo de pensar, abundaba en sus mismas ideas, llegando en su positivismo á decir que las dehesas no eran saludables, más que cuando el rentero se presentaba á pagar el arriendo.

—Me parece mentira que hombres como Manolo—dijo Luis—se avinieran á vivir siempre en el campo.

—¡Ah! pues no te quepa duda de que lo haría sinó fuera por mí—agregó Luz— pero Manolo es bueno y en vez de hacer que yo me sacrifique, se sacrificará él.... ¡ya lo verás!

—Pues lástima fuera que no se sacrificara por una mujer como tu!...

—Alto.... alto.... señor Tenorio. Que ya estamos casados los dos y hay que saber lo que se dice. ¡No consiento piropos!

—No son piropos, es justicia seca, ahora que mi mujer no nos oye, porque te advierto que es celosilla—dijo Luis.

—¡Pues trabajo le mando, porque ahora estás muy entusiasmado, pero el que malas mañas há tarde ó nunca las olvida.

—Nó, nó—agregó Luís muy formal—Aquellas fueron calaveradas de la juventud.... Ya haré todo lo posible por ser formal.

—Allá veremos! Como que te vas á pasar tu sin ir á los bailes del Real y á los teatritos alegres.... y como vayas.... Vamos que no serás me-ro espectador!—dijo riéndose la señora de Sandoval.

Manolo y Maria Luisa venían detrás.

Les chocaba muchísimo que sus respectivos

cónyuges no encontraran deliciosa aquella patriarcal vida, pero algo les disculpaban y hasta se hacían ilusiones de que andando el tiempo cambiarían.

¡Sería tan agradable vivir en sus cortijos rodeados de bienestar y de comodidades! ¿No se habían casado por amor? ¿Pues qué necesitaban para ser felices, mas que tenerse el uno al otro y siempre así, muy unidos?

En las palabras de ambos se notaba un dejo de tristeza, que en vano trataban de ocultar. Los dos desconfiaban de su felicidad y no querían decirlo. Por fin fué Manolo el que se atrevió. —Yo creo María Luisa que nos hemos equivocado los dos. Salimos como Don Quijote, en busca de aventuras y hemos dejado á la felicidad, que teníamos muy cerca.... ¡Que le hemos de hacer!.... Ya no hay remedio!....

Temblona y ruborizada se puso la señora de Barrantes y el silencio que guardó fué plena prueba, de que allá en su interior asentía á lo dicho por Manolo.

Tendidas por la vega pacían las ovejas, gordas, sanas y hermosas, con sus corderillos al lado, que solo levantaban el hociquito de la yerba para balar dulcemente.

Juan Ramón sentado á la sombra de un corpulento fresno, las guardaba.

Los madrileños apenas pararon mientes en el ganado que á su alrededor pacía. Los extremeños en cambio, se pararon y Sandoval ponderó la excelente cria y la hermosa clase de las ovejas.

Levantóse Juan Ramón y sombrero en mano, acercóse á la última pareja. Después del natural saludo y de haber contestado á varias preguntas que Manolo le hizo, soltóles á quemarropa una ingenuidad.

—Cuanto mejol pareja hacen ustés así. Mejol hubiea sío que fuesi nuestro amo el señoritu Manolo!

—¡Que cosas tienes hombre!—dijeron á un tiempo los dos, mientras se alejaban llamando á los otros ya parados en el borde mismo del rio que se deslizaba silencioso por lechos de arena.

Y Juan Ramón se quedó parado y mirándolos.

—¡Vaya si digo la verdad ¿pol qué no se habrán casau? y no que así... Nenguno de los otrus me gusta... Son orgullosos... malus... Ya lo dice el reflán pa perdel dos casas ¿pol qué no sabrá perdío una sola?—y siguió cuidando á sus ovejas que iban subiendo la pendiente en busca de la majada.

XVIII

Pasaron días, se fueron meses y nuestros amigos eclipsada la luna de miel, despuntaron cada cual por el lado de sus aficiones. La pobre Maria Luisa, se moría de tedio en aquella vida superficial y frívola que tanto se prestaba á que Barrantes olvidara sus deberes de esposo. Los celos la consumían y no faltaban amigos officiosos que de vez en cuando, le dieran motivos nuevos para el sufrimiento. Muchas noches después de la comida, se retiraba Maria Luisa á sus habitaciones, donde poco después entraba Luis muy vestido de frac á decir invariablemente lo mismo.

—Tengo que salir, nena, un compromiso inevitable. Me esperan unos amigos.... Hasta mañana.

Y sola en su cuarto Maria Luisa, daba rienda suelta á su pena llorando silenciosamente.

¡Verse así la niña mimada de Extremadura! Mal empleada había sido. Que equivocación tan grande lo que había hecho!... Y se miraba al espejo y al encontrarse hermosa, muy hermosa á pesar de las huellas del sufrimiento, que robaron el sonrosado color de sus mejillas, su orgullo padecía y se sublevaba al pensar que Luis la abandonaba por alguna indecente cupletista, llena de pinturas y afeites, sin más atractivos que su descoco.

Si, lo sabía muy bien. Un día revolviendo papeles en el cuarto de su marido, encontró una postal vergonzosa, con el retrato de una *Mimi* ligera de ropas y que solo tenía escritas con garrapata letra y faltas ortográficas estas palabras: «A mi cerido Luisin su Mimi». Y lloró, lloró como el que ve deshecha para siempre su felicidad, aunque desconfiara de que la tenía perdida. Antes eran sospechas solamente, pero aquella era la realidad fría y terrible que asataba en medio de su pecho un golpetazo de muerte.

—¿Le diría algo? ¡Para qué! Vendrían escusas, protestas, engaños que ella no había de creer.... Y se calló, quedándose á solas con su

dolor, un dolor muy hondo que al matar sus ilusiones hería también de muerte su delicado cuerpo.

Y una noche se presentó Luis, antes de comer.

—Voy á vestirme. Estoy convidado á comer con un amigo que celebra su despedida de soltero. Ya me dispensarás ¿eh? Vendré pronto y entraré á darte un beso antes de acostarme.

Muda y fría se quedó la señora de Barrantes. Era la primera noche que iba á comer sola... ¡abandonada de su marido! Y le vió marcharse elegante, altivo, envuelto en su gabán de pieles y con la reluciente chistera sobre su peinada cabeza. Entonces, rompió á llorar. Sentada en una *chaise longue* apretaba convulsivamente el pañuelo en las manos, secándose á ratos las lágrimas que corrían, como diamantes de múltiples facetas, por la blancura de su rostro.

Por su magín atravesó fugaz una idea siniestra. ¡Si yo fuera capaz de ser mala!... Pero reaccionó en seguida ¡No! Porque él fuera indigno no había de serlo ella ¡Ella que hacía gala de honradez en medio de aquel ambiente inmoral que le rodeaba!... ¿Cómo había de consentir, que dijeran de ella las atrocidades que de Luz Brezal, por

ejemplo? Por que aquel matrimonio, también estaba divertido, aunque por culpas distintas.... ¡Pobre Manolo!

Y así fué su imaginación distrayéndola y hasta consolándola, por aquello de que mal de muchos consuelo de todos.... Pero de nuevo volvía á traer el recuerdo de Luis, tal vez á aquellas horas en amoroso coloquio con *Mimí*, y de nuevo brotaban de sus ojos líquidas perlas y se sublevaba. ¡No, ella no podía tolerarlo! ¡No había nacido para el sufrimiento!... La faltaban fuerzas para sostenerse en semejante situación, quizás porque estaba educada fuera de aquella sociedad de epidermis tan dura!

Sonaron dos golpes en la puerta de su cuarto. Se levantó rápida, se enjugó los ojos y se arregló el peinado con la coquetería innata en toda mujer. Era Carmencilla la doncella.

¿Quería comer la señora? Porque era muy tarde y temía que la señora se hubiera puesto enferma.

Si; comería. Se le había pasado el tiempo sin darse cuenta.

Y comió, mejor dicho hizo con que comió, en aquella estancia coquetona, adornada de plata y

porcelana pero tan triste que á ella se le antojó un sepulcro. ¡El sepulcro de su felicidad, sobre el cual quedaban aquellos adornos como coronas fúnebres!

Distinta fué la comida de Luis. Salió de su casa á pié y en la primera parada de coches, tomó uno dando al cochero las señas de la casa de *Mimí*. Un pisito muy mono de la calle del Caballero de Gracia, donde la cupletista vivía.

Aquella noche no trabajaba en su café *concert* y habían preparado una juerguecita pacífica. Una cena en el Restaurant Americano, donde se reunirían cuatro buenos amigos con sus correspondientes damas, muy conocidas todas en la vida galante.

Ya en casa de *Mimí*, se unió la cupletista con Luis y juntos tomaron el coche que al acompañado trotar del penco enganchado, no tardó mucho tiempo en dejarlos ante la puerta del Restaurant. Despidieron el carruaje y muy cogidos del brazo penetraron hasta el reservado, donde ya esperaban los otros compañeros su llegada. Fué recibida ésta con aplausos y bravos. ¡Iba encantadora *Mimí*! ¡Buen vestido llevaba! ¿Y el sombrero? ¡Que elegante y que rico! Realmente *Barrantes* sabía gastarse el dinero!

Los hombres miraban á Mimi con ojos codiciosos y las otras mujeres con envidia.

Y para qué relatar los incidentes de aquella comida tan análogos á todos los de su misma clase?

Hubo derroches de risas y champagne, de conversaciones libres y manzanilla y se charló de todo el Madrid conocido y de sus enredos entre bastidores, sacando á colación los públicos devaneos de Luz Brezal con un joven diplomático ruso. El pobre Manolo según Barrantes, era el único que no estaba apercebido, aun cuando algo debía sospechar á juzgar por la apariencia de sufrimiento que en su rostro se notaba.

A las altas horas de la noche abandonaron el Restaurant y se disolvió la reunión. Luis se fué con Mimi á la casa de ésta y ya muy entrado el nuevo día aunque de noche, regresó á su domicilio y el hipócrita quiso entrar en las habitaciones de su mujer. ¡Empeño vano! Maria Luisa que velaba en su lecho y con los ojos como puños por el llanto que sin cesar vertían, estaba encerrada por dentro. Bien sintió el empuje que su marido dió á la puerta, pero no quiso contestar haciéndole creer que dormía.

—Vaya, la niña está de monos.... Ya se contentará, porque sinó ¡trabajo le mando!—y cínicamente se retiró á su cuarto cuando el reloj de la vecina Iglesia daba las tres de la madrugada.



XIX

Los periódicos todos habían ponderado el baile mónstruo que aquella noche, dia después de la última en que vimos á nuestros conocidos, se celebraría en el Real á beneficio de la asociación de la prensa, y eran muchos los que dedicaban sus ensueños á la grandiosa fiesta.

En casa de Sandoval y por empeño decidido de Luz se había tomado un palco, y contra la voluntad de Manolo irían al baile. También Barrantes iría aun cuando su mujer se quedaba en casa, porque fiestas de esa índole no entraban en las rancieces de su manera de ser. Pero era lo que él decía; porque Maria Luisa fuera así, no iba él á privarse de esas fiestas que tanto le agradaban. Iría, vaya, si iría.

Manolo en tanto pálido y triste se negó al principio; pero después y al ver los vivos deseos de su mujer, accedió de mala gana y pensando

quizás que aquel baile había de hacerle ver claro, en un asunto delicadísimo que le mortificaba hacía mucho tiempo.

Y llegó la noche de la fiesta y el regio coliseo se puso de gente como en las más grandes solemnidades. El *foyer* convertido en ambigú con mesitas y sillas, ofrecía pintoresco aspecto y el gran salón adornado con esplendidez suntuosa, resultaba verdaderamente regio.

Las relucientes chisteras y las almidonadas camisas de los caballeros, formaban animado contraste con los ricos vestidos y lujosos disfraces de las damas, y la potente luz que invadía el teatro descomponíase en irradiaciones magníficas al chocar con la inmensa colección de preciosas piedras, que servían de adorno á aquel pedazo de humanidad que se entregaba loco al placer, desmintiendo el adagio célebre de que la tierra es valle de lágrimas.

En uno de los palcos principales, tres ó cuatro matrimonios jóvenes entraron al mediar la noche, y entre ellos Manolo y Luz. Él con cara de aburrido, élla espléndida y alegre. Y empezó la fiesta con una descomunal batalla de serpentinas y confetis, que produjo en el salón un aspecto fantástico.

Después cada cual marchaba por su lado para reunirse nuevamente á la hora de cenar.

Vió Manolo al joven diplomático llegar ceremonioso al palco y saludar cortesanamente á las señoras, dejando para la última á Luz, cuya mano retuvo entre las suyas. Nicolás, pues se llamaba igual que su soberano, pidió permiso á Manolo para bailar con su mujer un baile y ¿qué iba á hacer? Lo que ella quisiera. Sin esperar á más dejó en el palco el boa que la adornaba y cogida del brazo de Nicolás, salió Luz y se perdió en el enjambre humano que allí se revolvía.

Manolo sentía una crispación de nervios horrible y se encontraba en un estado de ánimo imposible de describir. Todo lo veía de color de sangre. Sentía que su honor se despedazaba, que le señalarían con el dedo como á tantos otros y salió del palco también, frío, cadavérico, andando como un autómata sin saber á donde dirigía sus pasos. Cuando se dió cuenta de que vivía, fué al cruzar entre las mesas del foyer y oír que alguien le llamaba. Era Luis que con unos cuantos amigos de ambos sexos, destapaban botellas y botellas en medio de una alegría estupenda.

—¡Manolo! ¡Manolo! Ven, hombre, toma una copa.... tienes cara de aburrido.... ¡Aquí se viene para divertirse!

Y Sandoval se acercó y tomó una copa y otra y otra.

El desgraciado quería ahogar su pena con vino, creyendo que así la soportaría, pero ¡que si quieres! por encima de los borbotos espumosos del rico vino, surgía la imagen de Luz, en amoroso coloquio con el ruso.

Y él consintiéndolo, autorizándolo con su presencia! ¡Imposible! no lo toleraría más, era capaz de matarla.... ¿Matarla? ¿Y para qué? No merecía Luz que un hombre como Manolo se perdiera por ella. La abandonaría.... Huiría de su lado para siempre.... recobraría su libertad ya que por suerte suya no tenían hijos.

Y así con pensamientos de este jaez, continuaba embebido en su tristeza, sin contestar más que con monosílabos á las bromas que sus amigos le dirigían.

Se acercó una máscara. Bromeó con todos á quienes por lo visto conocía, y dirigiéndose á Manolo le dijo con chillona voz:

—Así me gustan los matrimonios, Manolo. Es

el modo de divertirse; cada cual por su lado. Tu con estas aquí y Luz con el ruso en el salón.... —y añadió con ensañamiento— ¡tienen muy buena amistad!...

Si nó se interponen Barrantes y otros amigos, desde allí van á parar á la Delegación. Manolo frenético, quiso abalanzarse á la máscara para arrancar su careta, pero no pudo conseguirlo. Escapóse entre la enorme aglomeración aquella mujer disfrazada, pues mujer era, y todo quedó como al principio, porque Barrantes echó por otro lado la conversación y pidió nuevas botellas.

Aquella broma brutal acabó por hundir á Manolo, en la más espantosa situación. Maldecía de la hora en que conoció á aquella funesta mujer que el diablo puso en su camino, para labrar su desgracia.... Sentía rabia por haber puesto su cariño ¡su gran cariño! en aquella criatura sin entrañas, que pisoteaba las honras de los dos públicamente y con el mayor cinismo....

Sus compañeros se habían lanzado de nuevo á la infernal balumba y él permaneció un rato sin darse cuenta de que estaba solo en una mesa del ambigú. Sacóle de su éxtasis un camarero,

al preguntarle si quería algo. ¡Ya lo creo que quería! Otra botella de Champagne. ¡Beber.... emborracharse... olvidar... ¡cuantas cosas quería!

Le ardían las sienes. En el interior de su cerebro, sentía los latidos de su pulsación como martillazos horribles y demoledores.... Sus sospechas eran verdad y maldecía de su suerte y cuando una lágrima rebelde se asomó á sus ojos, con rabia horrible se la enjugó. Los hombres no lloran.... Había que ser hombres.... Y trazó su plan. Un plan racional y noble.

Se iría á su casa, haría el equipaje y á su tierra, á sus campos, sin acordarse para nada de aquella mujer, que había amargado su existencia en el breve tiempo que llevaba de matrimonio!

Dejándose llevar por su imaginación fogosa siempre y aguijoneada entonces por los vapores del champagne, llegó á creerse solo en medio de aquel estruendo que le rodeaba y vivió por algunos momentos en sus bosques extremeños, recorriendo las majadas de sus ganados, monteando con los valientes perros de sus reahalas, conviviendo con las gentes campesinas, oyendo el alegre concierto de los pájaros.... ¡Aquella era su vida! ¡Aquel el supremo ideal de su alma

soñadora! Era un vencido del mundo y volvía á sus estados deshechas las ilusiones, rota la felicidad engañosa que le había seducido, pero animoso para luchar con su desgracia, olvidando lo pasado todo. ¡Ah! si él pudiera deshacer para siempre el lazo indisoluble que con Luz Brezal le unía.... ¡Que equivocación tan grande la que había sufrido!... Y pensando.... pensando se fué desde la Cazalla á Monteazul.... Desgracia grande también la de Maria Luisa.... Habían equivocado su destino.... ¡Que felices hubieran sido los dos!.. Pero á buena hora se apercibían.... ¡cuando no había remedio!...

Concluyó la botella y se levantó de su asiento. Eran las dos de la mañana y el baile se hallaba en todo su apogeo.

Fuése al palco, donde dos señoras amigas hablaban con dos que no eran sus maridos.

Cogió el abrigo. Si Luz preguntaba por él debían decirle que se había marchado.... Un quehacer inesperado.... una ocupación urgente...

Las señoras aquellas le miraron sonrientes.... Alguna aventura.... Algún flirteo con epílogo.... Estaba bien; se lo dirían, aunque ¡maldito lo que había de importar á Luz su salida! Mientras ella tuviera al diplomático que la acompañase!...

Y salió. Cuando atravesaba el foyer bajó los ojos para no ver á nadie que le detuviera. Al sentir el fresco de la calle subióse el cuello de su gran gabán de pieles y al encontrarse como sordo, volvió iracundo los ojos, al regio coliseo y fulminó una maldición.

¡Allí se quedaba el mundo insensato y farsante, entregado á sus orgías y bacanales! Y miró con desprecio, con aversión, despidiéndose allá en su interior de aquella vida, para siempre.

Aunque tenían allí su berlina lujosa, ocupó un simón modesto y dió las señas de su casa.

Poco tardaría en preparar lo necesario y después á un hotel cualquiera, á esperar la hora del tren, que había de conducirle con el alma muerta, á la grandiosa tumba de los campos extremeños....



XX

Las peripecias de aquel baile, fueron durante muchos días la comidilla de las gentes. La desaparición de Sandoval, la llegada de Luz á su casa acompañada por el ruso, la extrañeza de la mujer al enterarse que el señor había salido después de llevarse nutrido equipaje.

Todo era comentado y reido, aderezándolo con chistes sangrientos y mordaces.

Según unos, Sandoval iba camino de América con una famosa bailarina; según otros, se había marchado á su tierra para siempre.... Nadie sin embargo podía asegurar de una manera cierta lo ocurrido.

Luz un poco fría al principio y algo temerosa de que su marido pudiera tomar venganza sanguinaria, quedóse después tranquila y hasta satisfecha. Ni una lágrima se asomó á sus ojos. Era así; una esfinge muy hermosa, pero al fin,

esfinge. Y se quedó tan fresca. Ya volvería y si-
nó ¿que le iba á hacer ella? Afortunadamente
no necesitaba de la protección de su marido.
Tenía suficientes medios para ser independiente.
¡A vivir! ¡A vivir! No había de acoquinarse por
tan poca cosa.

Maria Luisa en tanto cada día se encontraba
más enferma. El martirio lento á que sometida es-
taba, iba produciendo visibles quebrantos en
aquel delicado cuerpo, sin que Barrantes parara
mientes en semejante cosa.

Un día no abandonó el lecho. La faltaban
fuerzas para sostenerse. Tenía fiebre. Bien á las
claras lo pregonaban la respiración anhelosa y el
sonrosado color de sus mejillas.

Entró el marido. Quiso como buen cómico,
mostrarse cariñoso y preocupado, aunque á cien
leguas se notaba su criminal indiferencia.

Aquello no podía seguir así. Llevaba varios
meses de malestar y por fin abarrancaba en el
lecho, con fiebre, porque ¡la tenía! ¡ya lo creo! y
trató de coger la demacrada mano de la enfer-
ma, que permaneció impasible ante el contacto
de su epidermis.

Había que llamar á un médico; al mejor, al

mas caro, pero en seguida; él mismo iría á buscarle.

Ella callaba resignada. Lo que él quisiera: aun cuando de sobra sabía Maria Luisa, que no era un médico el que había de curarla, por mucho caudal de ciencia que poseyera.

Y salió Barrantes haciéndose el preocupado, pero cuya preocupación duró hasta el momento mismo de cerrar la puerta del gabinete.

¡Bien le conocía ella por desgracia! Tanto que borradas las seducciones ficticias de los primeros días de matrimonio, aquel cariño sincero que le tuvo, se trocó en odio y repulsión. Sí, le odiaba con toda su alma, aunque por dignidad y por deber, aparentara otra cosa. Pero allá en lo recóndito de su pensamiento, entre los pliegues más ocultos de su alma, le miraba con asco y ¡horror! hasta fué adúltera pensando en el bien perdido.... en la felicidad que tan cerca tuvo y en horas de tortura habían arrojado por el balcón....

Porque la catástrofe de Sandoval la impresionó muchísimo.

¡Pobre Manolo! Tan mala como la suya había sido su suerte! Que felices podían haber si-

do los dos lejos de aquel mundo que aborrecían y en la tranquila paz de sus estados! Y lloraba.. lloraba maldiciendo del hado impío que les puso una venda en los ojos, haciéndoles caminar á oscuras por el sendero triste de la vida.

Llegó el médico. Reconoció minuciosamente á la enferma y después dictaminó con firmeza. Era una anemia en la que había alguna afección moral que á él no se le alcanzaba. ¿Medicina? Una sola é indicadísima en aquel caso. Salir de Madrid. Campo, mucho campo. Una vida tranquila sin ajetreos ni preocupaciones, y mucho oxígeno y mucha leche.... Los señores poseían fincas en Extremadura y aquel era un país delicioso para curar males de esta índole.

Con una ligera sonrisa de gratitud, pagó la enferma el para ella agradabilísimo dictamen del doctor. Barrantes frunció el entrecejo. ¿Cómo iban á encerrarse en aquellos bosques sin médicos, sin medicinas, para el caso en que la enfermedad persistiera? Pero el doctor insistió. No los necesitaban. Los aires puros y la vida tranquila harían prodigios en aquella enfermedad. Debían marcharse cuanto antes.

Eran vísperas de Carnaval y Luis por nada

del mundo hubiera renunciado á las fiestas que se preparaban. Además, se aproximaban unas elecciones y él afiliado al partido triunfante esperaba obtener un acta y no podía faltar de Madrid, para hacerse presente en Gobernación.

Este fué su pretesto. Maria Luisa le solucionó. Se iría ella sola. Así se armonizaban los intereses de ambos.

Él trató de oponerse por fingida delicadeza, aun cuando allá en su interior le pareció de perlas la solución. ¿Irse ella sola? ¡No! La pobre se iba á aburrir muchísimo en aquella soledad. Además él estaría intranquilo. ¡No podía ser!

Insistió Maria Luisa, y Barrantes pareció ceder, aunque de mala gana. Bueno; se iría pero cuando la fiebre desapareciera, hasta tanto no había que pensarlo.

Y ante la sola perspectiva de su estancia en Monteazul, la enferma pareció mejorarse.

A los tres días de la prescripción facultativa, Maria Luisa se encontró con fuerzas para levantarse, á los cinco preparó su equipaje, y á los ocho el monstruo ferroviario la arrebató de aquel pestilente Madrid, donde tanto había sufrido llevándola en loco correr á los fértiles campos de su tierra.

Luis se despidió de ella en la estación, con fingida pena— ¡Que te cuides mucho, nena! ¡Escribe todos los días!

Cuando arrancó el tren y ya solas en el coche Maria Luisa y Carmencilla, aquella rompió á llorar dulcemente.... La doncella se distraía silenciosa mirando el paisaje al través de las ventanas del coche que volaba.... volaba.

La bruma que sobre Madrid se cierne constantemente había desaparecido....



EPÍLOGO

—¡Hola Juan Ramón!

—Mu buenos días señorito Manolo. ¡Quién había de pensal que era usté!

—¿Oistes el tiro?

—Si señol y como me tira la afición me dije, voy á vel quien caza por estas tierras.

—Pues hombre, cuanto me alegro encontrarte. Hace mucho tiempo que no te veo y así charlaremos un rato.

Se sentaron en lo alto de un peñascal. Era una mañana templada de prematura primavera y empezaban los campos á esmaltarse de yerbecillas y flores. Juan Ramón ignoraba que Sandoval estuviera en el campo y grande fué su extrañeza cuando el otro con toda sinceridad le contó su determinación de vivir siempre en Extremadura. Una cosa igual le había sucedido á su señorita. Había venido á Monteazul enfermu-

cha y triste, pero en los quince días que llevaba se la notaba mucho una gran mejoría. La pobre debía ser muy desgraciada. Escribía cartas á su marido y él ni contestaba siquiera. Estaba sola, sola con los criados en Monteazul, porque los señores Marqueses creyéndola con su marido en Madrid, habían emprendido un largo viaje á Roma, para felicitar á Su Santidad con motivo de su jubileo.

Todas estas noticias que el zagalón iba dando á Sandoval, abrieron la herida de éste nuevamente y compadeció á Maria Luisa con toda su alma. ¡Era otra víctima del mundo engañada y vencida para siempre!

—Vaya usted á verla, señorito Manolo—decía Juan Ramón al despedirse del cazador—La pobrecilla se lo agradecerá muchísimo.

Iría ¡vaya si iría! en cuanto tuviera ocasión, en cuanto el tragín de sus abandonadas ocupaciones se lo permitiera; pero no había de decir á la señorita que le había visto.... Él se presentaría en Monteazul sin avisar....

Se separaron. Sandoval tomó de nuevo monte arriba con dirección á la Cazalla y el otro hacia Monteazul, llevando á lomos de un sucio ca-

ballejo provisiones de boca para su amita.

Juan Ramón no se había equivocado. Tenía que ocurrir lo que había ocurrido. Distinto hubiera sido si Sandoval se hubiera casado con Maria Luisa.... Pero ya era tarde y allí estaban los dos enfermos y tristes, quien sabe si para siempre!

Días después, Maria Luisa sentada en el atrio, leía una novela.

Caía la tarde con ese manto de tristeza grata, que sirve de mortaja al día en la estación de las flores. La noche con sus sombras asomaba allá por el oriente, y el silencio se iba haciendo absoluto, al callar sus picos la tropa gentil de pajarillos dulces, que pernoctaban en los árboles cercanos al palacio.

—Carmen, ¡enciende la luz del gabinete que ya no veo aquí!—dijo la gentil Maria Luisa, mientras cerraba graciosamente el libro y se disponía á entrar en la casa.

—Cuanto tarda Juan Ramón esta tarde—añadió después dirigiéndose á Paco el guarda. Y luego hablando consigo misma—Después de todo lo mismo me dá. No ha de traer carta tampoco y yo tan tonta que le sigo escribiendo! No; pues

no había de volver á escribirle, como no recibiera carta suya. Había que tener dignidad... La importaba muy poco haber terminado para siempre. ¡Bonita felicidad la esperaba á su lado!

Y subió de dos saltos la amplísima escalera, entrando en el gabinete con el libro entre los dedos.

Sonó un caballo en el atrio. Sería Juan Ramón. Siguió leyendo.

—¡Señorita! ¡señorita!—entró gritando Carmencilla—A que no sabe V. quien es el que ha venido?

Se quedó trémula la joven. No; no lo sabía. No esperaba á nadie.

—¡El señorito Manolo! ¡el dueño de la Caza-lla! ¡El marido de la señorita Luz!

María Luisa quedó petrificada. ¡Manolo allí! ¡Manolo en su casa y á aquellas horas!... Dudó un momento y por fin se decidió.... Le recibiría sí.... ¿por qué no iba á recibirle? ¿No eran dos señores formales, muy formales, y amigos desde que juntos correteaban por aquellos campos?

—¡Que suba! Dile que suba.

En el rostro de María Luisa pálido como el marfil se reflejaba la intranquilidad de su espí-

ritu, cuando en la galería central se oyeron los vigorosos pasos de Manolo y al acompasado tric trac de sus espuelas.

Empujó la puerta; descorrió el portier....

—¡Manolo!

—¡Maria Luisa!

Después, silenciosos se dieron la mano efusivamente. En los ojos de la dama, se asomaron lágrimas; unas lágrimas sinceras como las que vierten todos los desgraciados, cuando azares de la veleidosa suerte, les pone delante á la perdida dicha....

Se sentaron el uno junto al otro, en el mismo sofá. Al principio un silencio enbarazoso les hacía bajar la vista, sin atreverse ninguno á mirar al otro.

Fué rompiéndose el hielo. Hablaban de su desgracia.... Los dos se habían equivocado.... Habían nacido el uno para el otro y olvidándolo, se lanzaron en busca de grotescas aventuras, que solo habían servido para ponerles en ridículo. Y después, azares del destino les juntaba en la desgracia. ¡Qué feliz hubiera sido él con una mujer como Maria Luisa! Porque ahora comprendía que la quería con toda su alma, co-

mo si las desgracias que sobre los dos pesaban, hubieran descorrido el velo que les tenía cegados

Se ruborizó Maria Luisa apartando su mano nacarada, de las de Manolo, que sin darse cuenta de lo que hacía, se las tenía prisioneras entre las suyas.

Se miraron fijamente. Ella también hubiera sido felicísima con Manolo.... Con su marido no volvería á juntarse.... ¡Ingrata suerte que les hacía conocer la felicidad tan tarde!

De nuevo se asomaron dos lágrimas á los ojos de Maria Luisa, y Manolo atrevido quiso enjugárselas con sus labios.

.

Juan Ramón volvió más tarde aquella noche, pero traía una carta. ¡Por fin! El señorito escribía á su mujer.

Subió despacio la escalera, atravesó la galería y al llegar á la puerta del gabinete, el rumor de la conversación le quedó parado en firme.

Se asomó indiscreto entre los pliegues del portier y una viva satisfacción se pintó en su rostro.

—Esu debisteis hacerlo hace muchu tiempo,

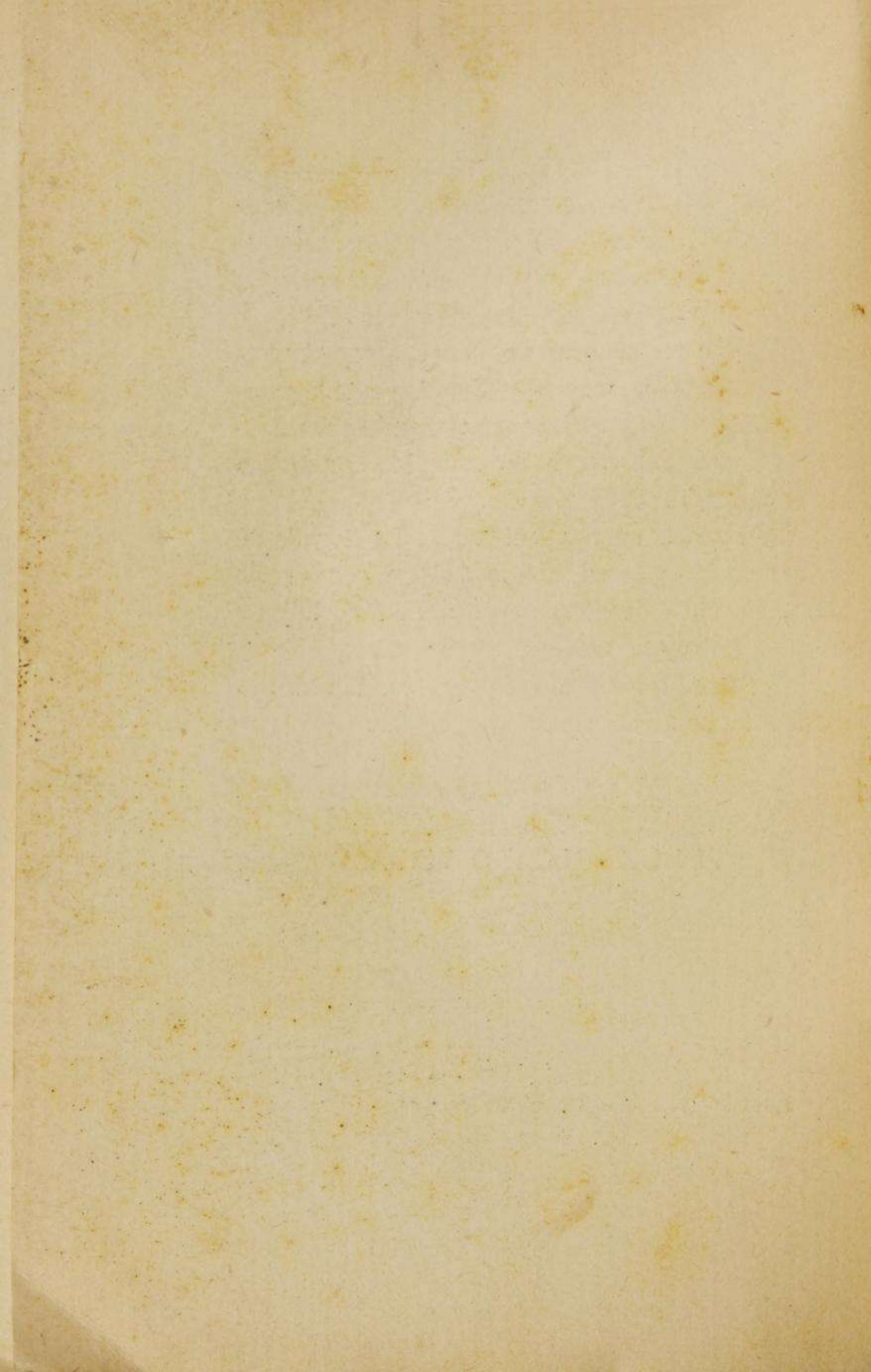
pero en fin, más vale tarde que nunca. Yo no quiero interrumpir vuestra felicidad con este papelucho indecente, de aquel ladrón que nos robó á toos la alegría.... ¡Maldita sea su alma!

Y entre sus negruzcos dedos, despedazó la carta sin abrirla, cerrando discretamente la puerta del gabinete y alejándose tranquilo y sonriente, como el que cree haber cumplido con un deber sagrado.

Después.... un campanillazo.... La llegada de Carmencilla y la voz alegre (¡alegre como no la habían oído desde su regreso de Madrid!) de Maria Luisa que decía:

—¡Poned otro plato en la mesa. El señorito Manolo, se queda esta noche aquí!....

FIN DE «PECADO VENIAL»



Obras del mismo Autor

Arenitas, (colección de cantares) agotada.

Breñales, (apunte novelesco) agotada.

El Robledal de Ruidíaz, (apunte novelesco) 1 peseta.

Pecado Venial, (novela). 2 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Sin Alas, (novela).

El Coronel Villalva, (narración histórico-novelesca).





940